



# Vidapalabras

## Carlos Benjumea

—“El Gordo” Benjumea—

 **Universidad  
del Tolima**  
*Una nueva historia*

FUNDACIÓN  
**ABRA  
PALABRA** 





**Vida**depalabras

Carlos Benjumea

—“El Gordo” Benjumea—

© Sello Editorial Universidad del Tolima, 2017

© Fundación Abrapalabra

VidadePalabra N° 5: 1.000 ejemplares

ISSN: 2590-7603

Número de páginas: 96

Ibagué-Tolima

Universidad del Tolima

Fundación Abrapalabra

Vidadepalabra - Carlos “El Gordo” Benjumea

**Directores editores:**

Ricardo Cadavid

Diego Avendaño

**Comité editorial:**

María del Mar Bonilla

Ricardo Cadavid

Marisol Mesa Galicia

Camilo Jiménez

Carlos Pardo Viña

**Corrector de estilo:**

Camilo Jiménez

publicaciones@ut.edu.co

direccion@fundacionabrapalabra.org

Impresión, diseño y diagramación por León Gráficas S.A.S.

Portada: Foto de Carlos Benjumea

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.



 **Universidad  
del Tolima**  
*Una nueva historia*

FUNDACIÓN  
**ABRAPALABRA**

# Contenido

Prólogo.....	7
<i>Marisol Mesa Galicia y Ricardo Cadavid</i>	
Carlos "El Gordo" Benjumea: Recordar para reír .....	11
<i>Carlos Pardo Viña</i>	
Y se dio la magia.....	15
<i>Natalia Forero Marroquín</i>	
La poesía que se levanta.....	25
<i>Camilo Jiménez</i>	
Ratones con botas.....	33
<i>Dayana López</i>	
"El Gordo" Benjumea y el camino del teatro .....	39
<i>Shellbyn Cortés</i>	
Los crochets de "El Gordo" Benjumea.....	49
<i>Camilo Jiménez</i>	
<i>La Casa del Gordo: 25 años de risas y sueños.....</i>	<i>57</i>
<i>Lina Fonseca</i>	
El tiempo se pasó volando .....	67
<i>Daniela González</i>	
Gordo y todo... pero ¡cómo juega! .....	73
<i>María Alejandra Caviedes Polanía</i>	
De ángeles y hombres.....	81
<i>Ricardo Cadavid</i>	



## Prólogo

Desde hace cinco años la palabra cobra vida en un gran proyecto del Programa de Comunicación Social – Periodismo de la Facultad de Ciencias Humanas y Artes de la Universidad del Tolima y la Fundación para el Desarrollo Social y Cultural Abra-palabra. Se trata de la revista *Vida de Palabras*, que contiene un conjunto de textos alrededor de la vida de un personaje que haya marcado a diversas generaciones.

Desde un inicio fue una apuesta para reivindicar la oralidad a través de jóvenes que con sus miradas han plasmado en múltiples textos, las historias que narran los personajes a quienes se les ha rendido homenaje dado su legado y aporte a la nación. Son los estudiantes y egresados de la Universidad del Tolima, quienes se han tomado la palabra por cinco años consecutivos y así han invitado a la comunidad a romper su rutina y a dejarse seducir con cada ejemplar.

*Vida de Palabras* hizo homenaje en sus primeras publicaciones a Rómulo Augusto Mora Sáenz “El Indio Rómulo”, Rodrigo Silva del dueto Silva y Villalba, Leonor González Mina “la Negra Grande de Colombia”, Héctor Ulloa “Don Chinche” y, en esta quinta edición, el reconocimiento es para Carlos “El Gordo” Benjumea.

En tiempos de paz, de retos y de grandes reflexiones para Colombia, la elección de nuestro personaje en este quinquenio se hizo de manera cuidadosa y así llegamos al “El Gordo” Benjumea, un hombre noble, amoroso, alegre y generoso, como lo identifica su familia y amigos, quien aseguran que la vida es corta, pero lo suficientemente larga para no dejar de soñar.

Carlos Julio Benjumea Guevara es considerado una leyenda viviente de la televisión, el cine y el teatro



colombiano, quien en la edición 33 de los Premios India Catalina, en el marco del Festival Internacional de Cine de Cartagena, recibió el *premio Víctor Nieto* a toda una vida como reconocimiento a sus 50 años de vida artística.

En esta oportunidad, desde la Ciudad Musical, se le otorga el reconocimiento *Vida de Palabras* a un gran artista que ha participado en un sinnúmero de telenovelas, películas y obras de teatro; actualmente su pasión está volcada hacia la escritura. Hoy, con menos kilos de peso y la sonrisa de abuelo bonachón, expresa que no le gusta pensar en la muerte. Con el humor y la irreverencia que lo han caracterizado, Parafrasea a Woody Allen: "El día que llegue la muerte lo único que quiero es no estar ahí" y reafirma "ojalá pudiera vivir eternamente... me encantaría".

Precisamente con esta publicación nuestros homenajeados estarán vigentes y serán recordados por sus grandes aportes a la cultura, pues son los jóvenes quienes reconstruyen sus vidas en cada edición. De esta manera, la Fundación Abrapalabra y el Programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima, dan cuenta de su compromiso con la región y el país de la Colombia diversa y plural que se reconstruye diariamente.

### **Marisol Mesa Galicia**

Directora Programa  
Comunicación Social – Periodismo  
Universidad del Tolima

### **Ricardo Cadavid**

Director Fundación Abrapalabra



## Carlos "El Gordo" Benjumea: Recordar para reír

Carlos Pardo Viña\*

Para Carlos "El Gordo" Benjumea recordar no es un ejercicio de la nostalgia sino una disculpa más para reír. Tiene los ojos pícaros y saltones. Preside, quizá desde siempre, Asocolcupro, Asociación Colombiana de Culiprontos, y desde cuando se convirtió en actor pese a los deseos de su padre, decidió llevarle la contraria a todo y a todos, siempre con una risa. También le lleva la contraria a la muerte. No ha permitido que se le robe ni los sueños ni esas ganas de crear que se desbordan por su alma. No han bastado las decenas de obras de teatro que ha escrito, los cientos de personajes creados para radio, televisión y cine, tampoco sus aventuras empresariales como productor de televisión y pionero en Colombia del Café Concert, en la célebre Casa del Gordo. Nada es suficiente para un hombre que a sus 73 años sigue escribiendo. Se niega a dar-

le a la muerte un último suspiro. Cada una de las bocanadas de aire que toma son para reír y soñar y crear y amar y escribir.

"Fui fotógrafo, campesino, sacerdote, niño, rey, vendedor de carros, mafioso y hasta mujer", dice riendo, "fui centrodelantero en el equipo de fútbol de las estrellas de la televisión, pero éramos unas maletas", y vuelve a reír, "eso al principio, la improvisación era la reina de la televisión, nadie se aprendía los libretos. Yo para aprendérmelos utilicé una técnica maravillosa: el miedo a que me echaran", y vuelve a reír, recordando los tiempos en que ni los técnicos sabían usar las cámaras ni los actores sabían la magnitud de lo que estaban haciendo, "a mí al principio me decían gordito, luego gordo, luego gordo pendejo, gordo marica, luego gordo hijueputa", y vuelve a reír.

---

\* Escritor y periodista



Su memoria no para. Gracias a una pirueta de su madre, Amelia, prestó el servicio militar a los catorce años porque en la casa no lo aguantaba nadie, se matriculó a escondidas en la Escuela Nacional de Arte Dramático desde donde construiría su destino, hizo parte de la primera telenovela colombiana, *El 0597 está ocupado*, fundó una programadora de televisión que sólo acabó cuando llegaron las grandes cheques a dominar el mercado, impuso el Café Concert en Colombia, primero con *El Circo* y luego con la famosa *Casa del Gordo* que quebró en medio de la ley seca y las bombas y la inseguridad tras 25 años de teatro y risas y amor; escribió obras de teatro llenas de sátira política que le valieron no pocas enemistades, protagonizó la película más taquillera en la historia del cine nacional, *El taxista millonario*, entre más de 10 películas, ha amado cada uno de los personajes que ha encarnado para decenas de telenovelas y series icónicas de la televisión colombiana, presentó programas de concurso, infantiles, de variedades, y aún

hoy, cada día lo despierta la necesidad de crear, de escribir una obra de teatro más, una película más. Carlos "El Gordo" Benjumea lo ha hecho todo, y no quiere detenerse. "El que se sienta no se vuelve a parar", dice, y vuelve a reír.

La vida se pasó volando para este hombre que lo ha ganado todo, lo ha tenido todo y lo ha soñado todo. Su risa y sus ojos se instalaron en el corazón de los colombianos y en la historia del arte dramático y la televisión nacional. Los premios y los reconocimientos llegan de todas partes, sus hijos toman sus banderas, su esposa, Liz, aún sigue acompañando sus días y sus noches, las hojas aún se llenan de textos y memorias y poemas, y mientras tanto, su cuerpo le grita. 30 cirugías, una insuficiencia renal que le obliga cada tres días a realizarse diálisis, los años que pesan pero su corazón que no para. Él no permite que su corazón se detenga. Hay una línea más para escribir, una broma más para hacer, un recuerdo más para reír.



## Y se dio la magia...

Natalia Forero Marroquín\*

Transcurría el siglo XX y en el mundo ocurrían múltiples transformaciones en el orden político, económico y social. Colombia no era ajena a estos cambios. Poco a poco el país estaba adoptando otras formas. Los campesinos pasaron de vivir del letargo y la tranquilidad del campo a las ruidosas ciudades, que al mismo tiempo contrastaba con el aún predominante paisaje rural.

Vertiginosamente el país había entrado en una era de modernización. En los centros poblados se escuchaba el rugir de los motores de automóviles, buses y camiones, que empezaron a transitar las trochas, que hasta ahora sólo habían sido recorridas a lomo de mulas y caballos. Entretanto, la Bogotá de esos tiempos era muy distinta al resto del país. El frío capitalino traía aires de progreso. Por sus calles se

podía ver el tranvía eléctrico y sus gentes lucían gabardinas y sombreros de colores oscuros que evocaban la moda europea.

A mediados de ese mismo siglo se respiraba un aire enrarecido. Colombia se encontraba *ad portas* de una crisis política y social que sumiría la nación en una guerra bipartidista, entre las fuerzas políticas más importantes en ese momento, conservadores y liberales, disputa que tuvo su punto más neurálgico en el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán (1948).

Cuentan los abuelos que el 13 de junio de 1953 fue un día anormal como ninguno. En su recuento, dejaba el país al mando de un presidente militar, el General Gustavo Rojas Pinilla, que, junto a un grupo

---

\* Egresada del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima.



de opositores al gobierno, dieron golpe de Estado al entonces presidente Laureano Gómez.

El General Gustavo Rojas Pinilla prometió introducir el medio de comunicación más influyente nunca antes visto: la televisión. Hasta aquel momento, el país conocía el acontecer nacional e internacional gracias a la radio, que se había convertido en fuente de noticias, pero también en una de las únicas maneras de entretenimiento. Tres veces al día las calles de las diferentes ciudades quedaban desoladas, mientras las personas se aglomeraban en las casas, en las cantinas o en cualquier lugar donde tuvieran un transistor. Grandes y chicos se sentaban a escuchar y a sollozar con la historia del doctor Albertico Limonta en la radionovela cubana *El derecho de nacer*, considerada uno de los grandes éxitos radiofónicos de la época. La radio les permitía no solo escuchar sino imaginar y transportarse a un mundo lleno de imágenes que eran impensables en ese tiempo.

Y la magia llegó. Tan solo un año después del golpe de Estado, la promesa se había cumplido. Para esta pri-

mera emisión, cerca de cuatrocientas familias pudieron ver con sus propios ojos cómo por medio de una caja mágica se observaban imágenes en movimiento, gracias a la importación por parte del Estado de mil doscientos de estos artefactos, algunos de la marca Emerson que eran vendidos en los grandes almacenes a un costo de 320 pesos, y que eran financiados por el Banco Popular. Todo esto para incentivar la puesta en marcha del nuevo medio de comunicación. El sueño se había materializado.

La primera emisión duró tres horas cuarenta y cinco minutos, tiempo en el cual los colombianos pudieron apreciar por primera vez la Orquesta Sinfónica de Colombia tocando las notas del Himno Nacional, mientras el General Gustavo Rojas Pinilla se preparaba desde el palacio presidencial para dar su primer discurso televisado y para ser visto por primera vez de manera simultánea por centenares de personas. Además, se presentó la adaptación para televisión del cuento *El niño del pantano* de Bernardo Romero Lozano, en el que actuó el también celebre y recordado Bernardo Romero Pereiro, un hito de la televisión colombiana.

La televisión se convirtió en el centro de atracción. Era imposible ignorar aquel aparato grande y gordo que se había convertido en parte de la decoración y en un lujo que solo familias con un buen nivel adquisitivo pudieron tener. Aquel artefacto de grandes dimensiones, al que después de enchufarlo a la toma corriente tocaba esperar varios minutos para que, poco a poco, fuera encendiendo la pantalla y como por arte de magia aparecieran imágenes un poco desdibujadas a blanco y negro. La televisión permitió que los colombianos pudieran ver paisajes hasta ahora desconocidos para la mayoría, y que solo habían imaginado por anécdotas contadas por amigos o por el amigo de un amigo.

A seis años de creada la televisión nacional surgió una de las primeras productoras y programadoras privadas. Punch TV de los hermanos Peñaranda. Con ellas aparecieron las producciones comerciales, entre las que se cuentan telenovelas como *El 0597 está ocupado*, que es considerada la primera telenovela colombiana. Allí participaron actores tan importantes, como Carlos Julio Benjumea Guevara, “El Gordo”

Benjumea, que traía un amplio bagaje como actor de teatro. Él fue uno de los muchos que migraron hacia la televisión en busca de una oportunidad laboral, de una estabilidad económica que no les brindaba el teatro.

Relata “El Gordo” Benjumea que el inicio de la televisión fue como todo en este país: “Improvisado”

— ¿Quiénes sabían hacer televisión en ese momento? Sólo los cubanos, así que Fernando Gómez Agudelo fue el encargado por parte del Gobierno para hacer que la televisión en Colombia funcionara. Fernando fue a la CMQ Televisión en la Habana y, casi como un favor estatal, enviaron técnicos, camarógrafos, sonidistas, de todo. Trabajaron un año y se fueron. Sin previo aviso llegaron con maletas y el anuncio de que se iban del país, y que su vuelo salía en tres horas”. Allí empezó la verdadera aventura de la televisión en Colombia.

Comenta que ese día, en medio de la zozobra generada por la partida de los cubanos, y abrumados por

la presión de hacer algo que desconocían, perplejos se preguntaban unos a otros, “¿usted sabe? ¿Usted se le mide a manejar una cámara? Sí, y usted ¿se le mide a producir? Pues sí, yo medio he visto”. Así se hizo la televisión.

“El Gordo” Benjumea siempre quiso ser actor, aunque la música también le llamaba la atención. Sus padres querían que estudiara lo que fuera, lo que quisiera, menos actuación. Afirma “El Gordo” que su padre tenía un amigo actor y sabía lo difícil que era ganarse la vida en esta profesión. Lo que no imaginaban era que aquel pequeño pícaro e inquieto, que les sacaba canas verdes con cada nueva travesura que se inventaba, se convertiría en uno de los pesos pesados de la actuación colombiana y que su hiperactividad, lejos de ser un defecto, se convertiría en una de sus grandes cualidades, aunque también le generara problemas.

Participó en la reconocida serie *Yo y tú*, una de las producciones más exitosas y recordadas de la televisión colombiana. Fue creada, dirigida y protagoniza-



da por la española Alicia del Carpio, o como él le decía, *Alicia del Garfio*. “El Gordo” cuenta que, cuando él llegó, la producción ya llevaba 13 años al aire, más doce en los que él estuvo. En esa época los programas tenían una longevidad bastante alta. “Hacer televisión en vivo era una aventura, era como hacer teatro. Yo siempre he pensado que el cine es al productor, la televisión al director y el teatro al actor, o sea son los dueños de cada disciplina, pero al meter el teatro en la televisión, al hacerlo en vivo, el dueño era el actor y ahí pasaba lo que ustedes se puedan imaginar”.

De la misma manera, recuerda su participación en radio, como actor de radio novelas, donde también le tocaba improvisar. “En las grabaciones nos acompañaba un ingeniero de sonido, que no era ingeniero de sonido, y muy por el contrario lo que hacía era ruido, pero era un artista. Mientras nosotros hablábamos, él se ingeniaba la manera de hacer llover, de hacer galopar un caballo, sonar el viento huracanado. Además, teníamos prohibido equivocarnos. Era una odisea. La idea era no dejarnos caer porque el que lo hiciera le tocaba comprar el LP (larga duración): en ese mo-

mento nos pagaban 10 pesos por cada grabación y el LP costaba como ocho pesos.”

Con una sonrisa inquebrantable en su rostro pálido, por el pasar del tiempo y por la deficiencia renal que padece desde hace algunos años, recuerda una de las anécdotas que le dejó su vida de actor: “Yo estaba haciendo teleteatro con Omar Sánchez, otro de los grandes actores de la televisión colombiana, y se nos fue la letra. Los dos quedamos en blanco. Una escena al aire y me dice Omar en su personaje *Perdón, don Alberto, tengo que irme*, y se salió a mirar el libreto y me quedé solo en el escenario monologando y diciendo, ‘¿Qué querrá Alberto? Él no tenía que salir. ¿Qué pasará con Alberto? ¿Será que algo sospecha?’. Alcanzó a estar reflexionando, pensativo frente a la cámara, por más de treinta segundos, que le parecieron una eternidad”.

Escarbando en lo profundo de su memoria, también recuerda otro capítulo de su existencia que se encargaría de cambiarla para siempre. El veto al que fue sometido de por vida en la televisión de la época, por



haber participado en la huelga que realizaron los ingenieros, porque les bajaron el sueldo y por la cual dejaron por dos semanas al país sin televisión. “El Gordo” Benjumea narra este episodio, no como un inconveniente, sino más bien como una oportunidad para explorar otras facetas que hasta ese momento le eran desconocidas. De esta manera montó un Café Concert o Caféspectáculo, que fue un concepto innovador en ese tiempo. El más conocido y recordado fue *La Casa del Gordo*, donde tuvo la temporada de teatro más larga de su carrera, veinticinco años ininterrumpidos.

Pero “El Gordo” Benjumea fue más allá, cuando con un grupo de amigos muy conocidos en el medio como Jorge Ospina Cantor, quien ejerció como presidente de Colombiana de Televisión, Gustavo Cárdenas Giraldo, quien fuera presidente de Acomedios, Bernardo Romero Pereiro, uno de los guionista y directores más importantes del país, y Fernando González Pacheco, de los primeros presentadores de la televisión colombiana, crearon una de las programadoras más destacadas en su momento: *Coestrellas*,

con la que produjeron programas icónicos como *Dejémonos de vainas*, *Señora Isabel*, *Sabariedades*, *Ver para aprender*, *Siga la pista*, *Compre la orquesta* y *Pacheco insolito*, sólo por nombrar algunos.

“*Coestrellas* terminó siendo un monstruo. En ese tiempo nos dieron varios espacios. Unos eran un regalo, otros eran un castigo. Dentro de los castigos estaba *Sabarieradades*, que era un programa de variedades, era los sábados en la tarde dos horas. Se me ocurrió llevar la orquesta de *La Casa del Gordo*; Pacheco y yo animábamos, Liz producía, Bernardo dirigía y así. Cada ocho días me inventaba diez concursos diferentes, era un camello. Dentro de los premios algunos se ganaban plata, recuerdo una vez que un señor se ganó doce marranos recién nacidos. Era parte de la diversión.”

Fueron muchos sus papeles en la televisión, a pesar de que el veto nunca se levantó. En su quehacer actoral fue lo que nunca se imaginó: *Don Camilo*, un párroco de pueblo y sus múltiples aventuras, enfrentado a un alcalde comunista, en el contexto de la Colombia

de los años 50, época de la violencia política. Uno de sus personajes más recientes es el de Hernando Cabal, en la telenovela *La ley del corazón*, donde encarnó a un experimentado abogado, dueño de uno de los bufetes de abogados más reconocidos del país. Su personaje es un pilar dentro de la narración. Si bien no es el protagonista, su papel es muy importante dentro del melodrama. La historia fue escrita por la desaparecida Mónica Agudelo, quien reservó ese personaje especialmente para él.

A sus 73 años, “El Gordo” Benjumea siente que le faltó vida para hacer muchas cosas, ¿cuáles? no sabe, pero sí le gustaría aprovecharla más de lo que lo ha hecho. Sin duda alguna Carlos Julio Benjumea Guevara, sin haber sido galán de telenovela y con sus kilos de más, ha dejado una marca indeleble en muchas generaciones de colombianos que rieron a carcajadas con sus ocurrencias, que disfrutaron de su humor y de su sátira política, al haber sido un crítico acérrimo de la realidad del país. “El Gordo” Benjumea es y será un personaje de esos que se quedan para siempre en la memoria y sobre todo en el corazón de los colombianos.





## La poesía que se levanta

Camilo Jiménez\*

Quienes nacimos a inicios de la década de los 90 no vimos novelas como *Caballo Viejo* o *Gallito Ramírez*, pero sí nos quedó su recuerdo heredado. De esas producciones nacieron nuevos adjetivos que nombraron formas de ser: si una niña se salía de su lugar entonces se parecía a *La potra Zaina*; todos tenían a su *caponera* de la suerte; a quienes les iba mal en vida les decían *Lola calamidades*. La vida se fragmenta en los recuerdos y solo se conservan las líneas gruesas de lo pasado: el gordo de las telenovelas solo fue uno, como flaco solo fue Agudelo.

Dentro de la casa, a mano derecha, la cocina con el bosquejo de un almuerzo que se dejaba adivinar; a mano izquierda, en un cuarto que se veía apretado de libros, estaba Carlos Julio Benjumea Guevara, "El Gordo" Benjumea, escribiendo en un computador

cuya pantalla sobresalía en la semioscuridad. El viento parecía no moverse, como aplastado por el calor. Empezamos a acomodar las cámaras y cada uno toma su posición. Estábamos ahí ese día para preparar un homenaje del que se desprende estas líneas.

El gordo más famoso de la televisión colombiana salió a los diez minutos, vestido con un buzo blanco, una bermuda oscura y unas sandalias crocs. Caminó de la mano de su hijo, Luis Eduardo, de su estudio a la sala donde lo esperábamos. Lo llevaba de la mano, tanteando los pasos antes de darlos. Seguía teniendo la figura regordeta y bonachona que uno recuerda, o que uno imagina recordar. Saludó a todos con una sonrisa amplia que parecía forcejear con el peso de sus mejillas que caían. Su rostro, la expectativa de ver por fin su rostro, llenaba toda la sala.

---

\* Egresado del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.

“El Gordo” Benjumea se veía flaco al lado de su hijo. Luis Eduardo, alto, robusto y erguido; él, sonriente y cabizbajo. La dignidad de los años a veces se lee mal: todos estaban más preocupados por él de lo que él creía necesario. De sus 30 cirugías le quedó una disminución de peso obligatoria. “El Gordo” Benjumea dice que fue flaco hasta los 33 años, luego engordó y eso no fue un problema: “Pacheco feo, yo gordo y nadie nos hacía bullying.” El defecto lo convirtió en cualidad: siempre pudo ser el que sufría el desamor de la gordura, el que desocupaba las neveras o el que tenía problemas para correr al momento de huir; pero, sobre todo, siempre fue el amigo confiable que hacía reír. En el recuerdo parece como si solo hubiese sido un mismo personaje que se paseó por muchas historias. Es lo que pasa con otros grandes como Pacheco o don Chinche: es imposible recordarlos en sus múltiples facetas y solo se tiene una gran imagen, llena de cariño.

Se sentó en un sillón amplio, el mismo en el que salió fotografiado en la *Revista Jet-Set* luego del reconocimiento a toda una vida en los *Premios India Catalina*, y comenzó a hablar de los inicios, de la familia y de la infancia. Su padre amaba el teatro, pero temía que su hijo se dedicara a él: “Para mi papá el teatro era como el bikini: es perfecto cuando no es



en la señora de uno." Y esa prohibición lo enamoró más: "A uno pueden decirle, 'Mire, no se enamore de esa mujer que le falta una pierna'. Y uno dice: 'Sí, pero es que cojea con una gracia'." Su voz se apaga un poco, como si se escondiera después de una travesura. Todos se reían y "El Gordo" se acomodaba con satisfacción. Detrás suyo un televisor muy grande, debajo unos juegos de mesa.

Del temperamento fuerte del padre de "El Gordo" Benjumea resulta que tuviese que llevar su pasión por la actuación en secreto. El hermano, con quien también comparte su pasión por la actuación, fue su mentor en sus inicios. "Mi mentor, el Sancho Panza de mi vida", dice. Su hermano prefirió cambiarse el nombre para evitar encontrones con su papá; "El Gordo" Benjumea, en cambio, lo hizo con su nombre real hasta que un día su trabajo le dio la oportunidad de llegar a su casa con un carrito nuevo y mostrárselo, con orgullo, como un fruto de su vocación artística.

En los años 40, cuando nació el amor de "El Gordo" Benjumea por el teatro, solo había tres salas en Bo-

gotá: el Teatro Colón, el Teatro Municipal y el Teatro Faenza; había lucha libre y fútbol, pero nada más. El arte estaba en los teatros y en la intimidad. Las radionovelas paralizaban el país. Mencionó *El derecho de nacer* y a ese cubano que todos hemos oído mentar, pero que creemos que es un futbolista de antaño: Félix B. Cagnet. En su discurso juntó la televisión con la radio en dos frases y las pegó al teatro con una sonrisa. "El Gordo" Benjumea hablaba suave, pero con firmeza.

Su primer papel en el teatro fue interpretando a *Pepe el Romano* en la obra de García Lorca *La casa de Bernarda Alba*, con todas las mujeres de Bernarda enamoradas de él. Tenía 17 años y acababa de ser expulsado del ejército. Se quedó esperando recibir el amor de todas ellas porque lo que no sabía era que nunca entraba en escena y que simplemente decía, desde atrás de bastidores: "¡Abre la casa!" Luego participó en *Doña Rosita la soltera*, también de García Lorca, y en muchas más. Nadie sabe, ni "El Gordo" siquiera, si ese fue el verdadero orden. Otras veces ha dicho que fue con *A dónde vas, Alfonso XIII* que inició.

Cuando habla de teatro “El Gordo” menciona a los clásicos como hablando de lo consuetudinario: Molière, Chejov, Shakespeare. Esos nombres tan pesados se resbalan por su voz con naturalidad. Sobre una mesa, peligrosamente cerca del borde, a la espera de un actor cómico y despistado que entre a escena, una canasta de huevos tentaba la mala suerte. Las cámaras producían un calor que se mezclaba con el ambiente de sopor. Luis Eduardo, su hijo, se abanicaba sentado en una poltrona. “El Gordo” se veía fresco.

Con *La Casa del Gordo*, un *Café Concert* que fundó en los años 70, pudo llevar a cabo una temporada de teatro de 25 años seguidos, donde una suerte nepotismo artístico en la familia fue clave. “Por poco y hasta mi abuela trabaja allí”, dice. En ese entorno artístico crecieron sus hijos, participando en las obras como quien juega a la lleva. Tal vez por eso todos sus hijos hacen parte del gremio, sea actuando u organizando actores. La mayoría de las obras que se presentaron allí fueron suyas, escritas, corregidas y montadas. Durante dos décadas y media “El Gordo” hizo de todo, desde lo más pueril hasta ser el alma de un teatro entero.

Actuar en teatro le permitía salir del encasillamiento, dice, y no ser solo el gordo buena papa: “El actor de teatro hace lo que quiere.” Nadie puede saber en cuantas obras actuó ni cuántos personajes hizo. “El Gordo” fue, en teatro y televisión: cura, médico, vaquero, astronauta, rey campesino, Jesucristo y mujer, entre otras muchas más. Y cuando no fue esos: actor, empresario, director, cirquero, libretista, escritor, animador, hombre, entre otros más.

Dice que tiene unas 120 obras terminadas, entre vendidas a empresas, estrenadas en teatros e inéditas. La cara del “El Gordo” se ve larga y con pocos colores, enmarcada de una barba cana, los cachetes un poco caídos y la papada que deja la edad: es un abuelo bonachón. Cuando podía se apoyaba en un bastón que imitaba el cristal. Se veía feliz y producía dulzura verlo.

En su *Café Concert* adaptaba obras clásicas al melodrama nacional. Se metía en problemas todos los días, dice. De este lugar le quedan muchas anécdotas, una de ellas las varias veces que tuvo que cerrar, apre-

tado por la política del momento: al alcalde Gaitán Mahecha “El Gordo” terminó por llamarlo Gaitán “Meecha”, de tantas veces que lo clausuró. El Café Concert abría miércoles, jueves, viernes y sábados, cuando podían y mientras se pudo. Allí las personas iban a beber y a comer mientras se presentaban obras de todo tipo.

“Yo escribí y escribo todos los días.” La escritura apareció paralela a la actuación: “Necesitaba algo para interpretar, y quien sabía qué era ese algo era yo.” Y desde ahí cogió oficio. Ahora “El Gordo” se levanta a las 3:00 a.m. a leer lo escrito, luego lee la prensa y se devuelve a donde había quedado su historia. Cuando la salud lo deja hacerlo sale a pasear por los alrededores de su casa. Es fácil imaginarlo en esa rutina, tolerando la diálisis, entre la escritura y lectura, con la mente dispuesta y la sangre nueva.

La necesidad de escribir, sean obras de teatro, poesía, prosa o sus memorias, le debe nacer de ese lugar que nadie es capaz de definir. Tal vez sea una necesidad de transcendencia o de ver cómo algo hecho de la nada





cobra vida. Puede que sienta, como decía García Lorca (el autor que lo recibió y que no lo suelta después de 60 años), que el teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana. Escribir una obra de teatro es la posibilidad de ver que lo que un día fue un pensamiento vago cobra vida, y tiene un rostro y una voz y se mueve (se levanta), tratando de convertirse en realidad.

Los bombazos de Escobar poco a poco fueron apagando a *La Casa del Gordo*. La masacre representada en Hamlet se veía en las calles. Así como el autor trata de meter el mundo de afuera en el escenario, la obra trágica comenzó a salirse y a reventarse muy cerca del Café Concert. Las bombas explotaban junto al teatro y la gente no salía a la calle, asustada por los noticieros. Antes la mafia había intentado comprar el Café Concert: posiblemente se vio representada en las obras y quiso adueñarse del lugar antes que salir corriendo, como hizo Claudio en Hamlet. “El Gordo” prefirió de una vez por todas acabarlo antes de dejarlo manchar.

En la década de los 80 y 90 la mafia era una fuerza descomunal. “Los pintores tuvieron que vender sus

cuadros al precio que dijera la mafia, los bailarines bailar para la mafia.” “El Gordo”, dos veces y sin saberlo, actuó para Pablo Escobar. Vino a saber después que estuvo entre el público, como uno más. “Tuve funciones en las que tenía que actuar con un tipo con una metralleta sentado en la platea.”

Dicen que los tiempos han cambiado. “El Gordo” sigue activo, escribiendo todos los días y actuando en televisión, así increíblemente tenga que seguir haciendo castings. Acaba de terminar de escribir dos proyectos: *Seven*, un guion sobre los siete pecados capitales puestos en los siete carnavales más importantes de Colombia, y *Abajo el telón*, la historia del ocaso de una estrella de teatro. Lleva poco a poco las memorias que quiere dejarle a sus hijos: “Un día escribo mucho y al otro día leo y no me gusta.”

Está a la espera de poder llevar de nuevo a las tablas obras como *Diálogos prostáticos*, *Doña Rosita, la soltera*, *No me descubras*, *Cristóbal* o *El fantasma de Canterville*.

“Quiero volver a tener un teatro. Quiero volver a tener un canal.” Este año 2017 está apoyando nuevos actores con su nuevo *Focus Group*, un múltiplex cerca de la zona rosa de Bogotá, con cuatro salas de teatro enteras para seguir promoviendo la formación de actores, así como lo hizo años atrás y como seguramente lo seguirá haciendo por los años que le queden. “A mí no me quedan 30 años, a mí me queda una vida por delante, que no sé de cuánto será.” Sigue sonriente, con esa sonrisa con la que uno recuerda la felicidad de otros tiempos. Su cara, como la cara de todo buen actor, dice todo por sí sola.

Pide ayuda y se levanta, como la poesía. Cambia de sitio y se queda mirando todo el movimiento de gente dentro de su casa. Empezamos el ajetreo de recoger los equipos y dejar todo en su lugar y “El Gordo” nos sigue mirando, como si quisiera ayudar. Debe parecer el trabajo posterior a la presentación de una obra, cuando las bambalinas caen al piso y hay que recoger todo. No nos dice nada. Donde se había acomodado el Gordo le da el sol en la cara, así que bajamos las cortinas para protegerlo. Nadie aplaude, pero todos sonríen.



## Ratones con botas

Dayana López\*

“El Gordo” Benjumea está sentado en una silla amplia. Comienza a hablar como quien se cuenta un secreto así mismo.

Yo entré muy joven al ejército. Parecía de 19 años, pero en realidad tenía 15. Ya se imaginarán la joyita que tenían en la casa para que mis buenos padres me enviaran a prestar servicio militar, seguramente se convencieron de que ese oficio me haría cambiar mi inofensiva hiperactividad, pero no.

Recuerdo un vecino al que le hacía maldades. Una tarde estaba sentado en la ventana y el vecino iba pasando. Se me dio por sacarle la lengua y hacerle muecas: Ñiqui ñiqui, ñiqui. Me abrió los ojos como huevos y me dijo: *Chino malcriado*. Yo le seguí haciendo muecas y le alcé los hombros y él se cansó y

siguió de largo. Así pasaron varios días y se tuvo que cambiar de acera porque ya no me soportaba. Un día escuché tocar la puerta con consistencia, me asusté y me asomé por la ventana. Era el vecino. Mi mamá le abrió la puerta, él se inventó que yo le tiraba piedras por la ventana: “¡Carlos!”, gritó mi mamá. “Venga para acá, ¿es cierto lo que dice el señor?”, preguntó con la esperanza de que no la decepcionara. En aquel instante me llené de rabia, me puse rojo, lo negué todo y salí corriendo para mi habitación, ignorando lo que el vecino le dijo a mi madre. Creo que en ese momento decidió mandarme para el batallón, así no tuviera la edad.

Entré al Batallón de Guardia Presidencial. Era un niño. Cuando veía esos muros de tres metros de altura, con malla de seguridad y arriba un centinela vigilando, me

\* Estudiante del programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.

sentí afligido, no era Carlos Benjumea en ese momento. Me llamaron para entregar los exámenes y documentos, luego nos enseñaron el batallón. No, no nos pusieron a hacer nada más, me llevaron al alojamiento.

El primero fue como iban a ser el resto de días. La neblina apenas dejaba ver los postes de luz, había guardias a las 4:00 a.m., acompañada del eco que desaparece entre paredes y el silencio; sonaba la diadema, el primer trompetazo del día que indicaba que teníamos poco tiempo para estar listos. Mientras unos iban y se bañaban en treinta segundos, otros tendían el catre o se vestían. Nos daban a cada uno un minuto apenas para estar en formación, o de lo contrario si se llegaba después nos ponían a voltear: correr alrededor del batallón. Nos llamaban reclutas, vaselinos, o simplemente soldados, hasta maricas. Nos llamaban como querían. Eso sí, la disciplina es el primer valor que no perdona ni los fines de semana, pero la monotonía era dura de digerir.

Me conseguí un amigo que era el panadero del Batallón y recuerdo que iba a visitarlo muy seguido. No

nos costó mucho hacernos amigos, él y yo teníamos una cosa muy en común: ambos nos robábamos los panes de la cocina.

Ese mismo día reímos hasta más no poder y entre charla y charla resolvimos entre los dos robarnos unos panes. Planeamos que él haría los panes y yo los vendería en la cafetería y así fue. Uno lo hacía más por aburrimiento que otra cosa. El negocio nos salió bien varios días, hasta que un día llegó el comandante de batallón y nos pilló infraganti. Me trató como quiso, desde rata en adelante. Entonces me dijo a los gritos: “Lo quiero ver presentándome a las 10 diez de la noche una escuadra de ratones formada en mi habitación, ¿estamos?”.

A mí me dio risa y preocupación. No sabía qué iba a hacer porque, aunque no parezca, yo sabía que hablaba en serio. Esas tareas absurdas en el ejército era una forma de imponer autoridad. Se ponen castigos imposibles para que uno se desespere pensando qué hacer. Yo lo que hice fue que me puse a cazar ratones por todo lado: en la cocina, en el campo de entrena-

miento, en los baños, en las habitaciones, en todo lado. Cogí una canasta grande y me fui de cacería toda la noche.

Me fui para el campo de entrenamiento porque allá había bastante pasto y seguramente habría ratones. De pronto veo pasar uno por encima de mis pies, y yo que salto de un brinco, puede parecer gracioso, pero hasta miedo me dio en ese momento, ya después de coger el primero, arranque a correr detrás de cada ratón, unos grandes, otros medianos, los pequeños seguramente estaban en su guarida. Uno de esos ratones casi se arranca un pie por tratar de huir de mí, pero qué creen, les hablé un poco cuando ya los tenía a todos juntos y corrían por toda la jaula. Tranquilos les dije, no les haré daño, ellos ni me entendieron, pero lo hacía para entretenerme.

Eran las nueve de la noche cuando había reunido ya todos los ratones y me fui para la Guardia Presidencial, que quedaba en un segundo piso en la Carrera Octava con Sexta y golpeé: ¡Toc, Toc! Iba a buscar al mismo comandante de batallón que me mandó a



buscar los ratones. Nada que me abría, hacía un frío tenaz, casi me muero ahí parado, Bogotá en aquellos tiempos era un congelador. Insistí dos veces más, cuando me abre la puerta con cara de dormido.

El comandante del batallón me dijo, sorprendido: “¿Qué hace aquí?” Y como en el ejército le toca a uno cambiar el vocabulario le respondí con sutileza: “Mi *Tête*, para presentar la escuadra de ratones”. Y el tipo se acordó de lo que había pasado en la tarde. Me dijo: “¿Dónde están?” Yo los tenía detrás de mí en esa canasta, y me corrí y se los señalé.

Mi Teniente no lo creía, me miró con malicia y me ordenó “Soldado, foooooormar escuadra arrrrr” Yo observé su habitación, cogí la canasta le pedí permiso para entrar, y repetí “Ratones a foormar escuadra arrrrr”, y le di vuelta a la canasta regándolos por toda la habitación del teniente. Él empezó a correr por toda la habitación desesperado, empezó a saltar por toda la cama, salió corriendo a la cocina a traer una escoba y empezó a romper todas las cosas de la habitación, tratando de matar a los ratones, sacó los

zapatos de un chifonier y los tiraba por todo lado, me pegó hasta un zapatazo cuando un ratón se pasaba por mis pies, y yo brincaba emocionado y a la vez de nervios. Ya de verlo desesperado le dije “Mi *Tête*, para informarle que la escuadra desertó totalmente”, los ratones seguían corriendo. El Teniente me respondió con voz temblorosa de la rabia y posado encima del chifonier: “Soldado, en menos de cinco minutos debe tener los ratones en el canasto”.

El teniente me obligó de inmediato a reunirlos nuevamente y encima me puso otro castigo. Todas las noches en la guardia tenía que hacer como un gato: “Miaaaau, miaaaau”. Toda la noche y en varias repeticiones. El comandante salía a mirarme y volvía y se entraba. Fueron tiempos duros, pero uno no pensaba bien qué era lo que hacía. Uno era impulsivo. Nada de lo que yo hacía era en broma, simplemente se me venían esos pensamientos y de inmediato actuaba así. Por esas situaciones recibí regaños, cachetadas, calabozos, filas disciplinarias y tres cajas de expedientes negativos.

Yo llegaba siempre tarde al escuadrón y me ponían a voltear. En un momento me gritó el comandante de formación, que era otro diferente, que me quedara firme por varios minutos. Se paró frente a mí como a 30 centímetros y me miró fijamente. Me dijo que si seguía de indisciplinado no me dejaba unos minutos, sino varias horas quieto delante de todos mis compañeros. Lo miré fijamente y por sus seños fruncidos reconocí quién era ese comandante. Se me ocurrió recordarle el pasado. Le saqué la lengua y le hice muecas: Ñiqui ñiqui, ñiqui. Él no sabía si ponerme a correr por todo el batallón o reírse. Ese comandante era el mismo vecino al que yo le sacaba la lengua y le amargaba sus días. Ese día me tocó hacer guardia todo el día.

Mi vida ha estado llena de anécdotas, tropiezos y recuerdos. Ahora con 73 años creo que no lo he vivido todo, que la vida es demasiado corta y aun la quisiera por mucho tiempo más. Soy un Benjumea con amor, ternura, muchos sueños emprendidos y luchados.





## "El Gordo" Benjumea y el camino del teatro

Shellbyn Cortés\*

Bajo las brasas de un sol incesante recorríamos kilómetro a kilómetro la carretera que me hablaba con voz propia algo sobre la jornada en Girardot. Marchamos por las barandas de un amarillo perpetuo que me recordaba el tiempo que ha pasado; era el Puente Mariano Ospina que indicaba nuestra llegada a puerto. Teníamos un fin. Conocer al hombre detrás de la barriga, de los años y las canas, pero sobre todo detrás de un carisma, gracia y humor aún intactos.

La jornada comenzó desde la mañana y se extendió hasta la tarde.

Las horas previas al viaje se pasaron volando. En mi cabeza solo retumbaba el nombre de Carlos, "Gordo", Benjumea. Ese nombre lo había escuchado antes

en otro lugar, oía a otros recordarlo. Cuando era pequeño, en casa, mi abuela Dennis acostumbraba a ver las telenovelas de este hombre. Ella ponía el televisor y, así estuviera dormida, lo escuchaba a través de la caja parlanchina.

La Bogotá de 1944 vio nacer a Carlos Julio Benjumea Guevara, en el barrio La María, al sur de la ciudad. A sus diez años se fue a estudiar a Medellín, según decía él, porque su madre no se lo aguantaba, y mucho menos los colegios por donde pasaba. Era un niño que mostraba lo que iba ser: un malabarista con la vida. Cuatro años más tarde prestó el servicio militar gracias a un intencional cambio en su registro de nacimiento. Apenas tenía 14 años: "A ver si de una vez por todas dejaba de dar tanta lora", decía su madre.

---

\* Estudiante de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.



Gracias a su hermano Eduardo Benjumea, futuro actor radicado en Miami, el teatro le cambió la vida. Dos años después de su paso por el ejército, ingresa a la Escuela de Teatro de la Universidad América, compuesto por un grupo de jóvenes estudiantes que se escapaban de clase para irse, paradójicamente, a un salón a aprender... de teatro. Carlos entró por su hermano Eduardo, a quien le cargaba los libros. Allí buscó la forma de canalizar toda esa imperatividad incesante a través del arte.

### ¿Cómo llegó al teatro?

Mi papá era autodidacta y le gustaba el teatro. Le encantaba, pero como espectador. No quería que a ninguno nos picara el bicho de la actuación. Él nos decía que fuéramos cualquier cosa, menos artista. Para mi papá, el teatro era como los bikinis, que se ven maravillosos en la señora ajena (risas). Entonces fue gracias a mi hermano que me metí en el cuento. Él no la tuvo fácil, tanto así que se cambió hasta el nombre para no ser descubierta por mí papá. Él se cambió el nombre a Eduardo Vidal.

**¿Su papá nunca estuvo a gusto con su amor por el teatro?**

Fue que a él nunca le pareció. Recuerdo que la primera obra de teatro en la que participé fue *¿A dónde vas, Alfonso VII?* Actuaba con mi hermano en el Teatro Colón. Cuando empezamos en esa obra, yo tenía diecisiete años y mi hermano veinte. Mi papá estaba en primera fila sin saber que nosotros actuábamos en ella. Mi padre decía que los artistas son calificados por alguien, cuantificados por alguien y criticados por muchos. Ese día no sabíamos si teníamos más susto por el estreno o porque sabíamos que papá estaba en la platea.

**Cuéntenos, ¿cómo es la relación con su hermano Eduardo?**

Yo lo considero un maravilloso actor, pero, sobre todo, un maravilloso hermano. Eduardo fue la primera figura de la familia, hizo mucha televisión y cine. Por ejemplo, fue protagonista de una de las películas más importantes del Cine Colombiano: *El*

*Río de las tumbas* de Julio Luzardo, donde también participé. Hicimos una novela que se llamaba *Antón García*, donde él era uno de los protagonistas junto a Gilberto Puentes, Lucero Galindo y yo, que me colé como cura. Yo a "Vidal" le cargaba las maletas, lo acompañaba en lo que podía. Siempre intentó llevarme en todo, Eduardo fue mi escudero, fue el Sancho Panza de mi vida.

**¿Dónde se encuentra su hermano?**

En una ocasión se enamora y le va mal, se vuelve a enamorar y le vuelve a ir mal. A la tercera vez, adivinen, también se enamora y le vuelve a ir mal, así que un día decidió irse a los Estados Unidos, hace como unos 48 años y no volvió. Ahora vive en la ciudad de Miami.

**¿Por qué usted quiso ser actor?**

El porqué, nunca lo supe. Mi hermano estudiaba Ingeniería Mecánica en la Universidad de América. A pocas calles quedaba el Teatro Colón y en la planta superior funcionaba una escuela de teatro, allí mi

hermano también estudiaba teatro sin que la familia se diera cuenta. Al verme tan cansón revoloteando de un lado para otro, Eduardo me invitó a estudiar teatro, a ver si con eso yo me calmaba; y me calmé. Porque ahí fue mucha más la creatividad que utilizaba.

### **¿Su papá qué creía que estudiaba?**

No, nada, él quería que estudiara cualquier cosa. Él me decía: “sea embolador, mecánico... pero no vaya a ser artista”. Eso fue lo único que me advirtió. Lo primero que hice cuando tuve éxito fue decirle a mi familia “Miren mis frutos de lo que ustedes me dijeron que no hiciera”.

### **¿Había tenido antes algún acercamiento con el teatro?**

Yo nací en el barrio La María, al sur de Bogotá. Al lado había otro barrio que se llamaba Villa Javier. El padre Campoamor de la parroquia de ese barrio decidió hacer una sala o un gran recinto teatral, con capacidad de 3000 personas. Esa sala se llenaba una sola vez al año,

para el Día de Reyes. Fue mi primer acercamiento al teatro, yo creo que de ahí viene mi enamoramiento. Uno se enamora de unas mujeres y de unas profesiones muy raras. Por ejemplo, a mí me dicen: “venga, deje de enamorarse de esa novia, a esa le falta una pierna, y uno dice sí, pero cojea con una gracia”. El amor es así.

Carlos pide un vaso de agua. Eduardo, su hijo, nos acompaña en la entrevista, hacemos una pausa, sueltan un chiste, todos reímos, y seguimos con la entrevista.

### **Estaba en la escuela de teatro, ¿cómo fue esa experiencia?**

En la que yo estuve fue una de las primeras del país. Con un elenco de maestros que jamás volvió a existir. Maestros como José Peralta, uno de los que más sabía de teatro en Hispanoamérica, un teatrólogo realmente; estaban los hermanos Manzur, Jaime y David Manzur, Hilda Pace de Restrepo, también estaba José Restrepo Peláez y el director era Víctor Mallarino padre. Esos son de los que me acuerdo, eran como veinte. Tal vez fue el primer intento de tener una fa-

cultad de teatro en el país. Era independiente y no pertenecía a ninguna institución. Después vinieron las escuelas de teatro, como la del Distrito, que fue un grupo de estudiantes de la Escuela Nacional de Arte Dramático, ENAD. Uno de ellos fue Paco Barrero, quien se instaló en los sótanos de la Avenida Jiménez a enseñar teatro.

### **¿Con los que estudió, de quiénes se acuerda?**

Allí estudiamos por cuatro años un pocotón de gente, muy conocidas hoy en día. Estaba Delfina Guido, Consuelo Luzardo, Gustavo Angarita y yo, Carlos Benjumea, etc. Un día nos dieron el grado de actores profesionales, bajamos las escaleras de la escuela y muy silenciosamente caminamos por la Calle Diez hasta la Carrera Séptima. Al llegar allí, todos los graduados nos miramos a los ojos y dijimos *Bueno*, ¿y ahora qué hacemos? No había nada que hacer, no sabíamos cuál era camino que tocaba seguir. Otros artistas reconocidos participantes de la Escuela Nacional de Artes Dramáticas fueron Paco Barrero, Casimiro Deily, José Prat, Nina Moscovici. Esa escuela permaneció

por mucho tiempo, graduando simbólicamente a más de 250 actores, ya que no tuvo el aval del Ministerio para poder dar títulos. Verdadero amor al arte.

### **¿Había, fuera de los que nombró, otros grupos o escuelas de teatro?**

En ese tiempo estaba Santiago García, que había inaugurado algo que se llamó la Casa de la Cultura, estábamos hablando de los inicios del Teatro de la Candelaria. También estaban los curas, Los salesianos. El colegio quedaba en La Candelaria y tenían grupos de teatro. Estaba el Teatro Colón, donde se ensayaba y posteriormente llegamos nosotros, el grupo de teatro que estudió en la ENAD. Yo de ahí pasé a dirigir el Teatro del Sena. Esa experiencia fue maravillosa.

### **¿Cómo era el ambiente cultural de la época en Bogotá, con qué se entretenía la gente?**

Cuando yo estaba en el colegio, en vez de ir a clase nos íbamos a ver cine, era mejor (risas). Veíamos en el



Teatro Faenza, o en Atenas, o el Ayacucho, el Teatro Cuba, mejor dicho, estos lugares se utilizaban en su mayoría para ver cine. El Teatro Cuba era donde los peores alumnos llegaban, que eran los de mi curso. También había dos o tres salas, estaba El Colón, el Teatro Municipal, donde daban lucha libre y mostraban fútbol. Eso fue en los años 50, o un poquito antes.

El entretenimiento era mínimo, por eso la gente en sus casas prendían la radio y era como un televisor. Las familias se hacían alrededor del aparato y escuchaban radio teatro y radio novelas. Transmisiones como *El derecho de nacer* (Carlos Benjumea recuerda esa radio novela que detenía el tráfico, como si de una final de fútbol se tratara. Fue la radionovela más famosa de los años 40 y 50. La primera versión fue grabada en Cuba, y de allí se hicieron versiones en México y Colombia). Se convirtieron en un vínculo para la gente. También estaba el programa de concurso *El peso Fabricato*. (Durante la época de oro de la radio colombiana hubo programas tan difundidos entre 1950 y 1958 como *Coltejer toca a su puerta*, *El*

*peso Fabricato*, *Pilsen Cervunión* y otros emitidos por Caracol, RCN y Todelar.)

### **Cuéntenos un poco sobre el radioteatro en la época.**

Al radioteatro se llevaban obras clásicas. Por ejemplo, hicimos todo el ciclo de Shakespeare, de Goethe, de Molière, de Chéjov, mejor dicho, la escuela de teatro que hice allí no está escrita.

### **¿Cuáles han sido sus influencias en el teatro?**

Los rusos, Stanislavski y Chéjov, ellos dos contemporáneos, e inspiradores para mis obras. Logramos hacer de la teoría una práctica llena de conceptos. Este concepto es que cada uno tiene su propia teoría de cómo trabajar.

### **¿Qué obras le han impactado?**

Aparece gente como Chéjov, que tiene obras maravillosas. Tiene dos obras que yo adoro, *El Canto del Cisne*, que es un monólogo de un actor. Es su último

día de trabajo, y se llama *El Canto del Cisne* porque el cisne canta una sola vez en la vida y lo hace antes de morir. Esa es la historia de un actor que dialoga con el conserje del teatro y le cuenta cómo hizo tal cosa y tal otra, cómo fue decayendo y se fue volviendo viejo y cómo le tocó retirarse. La otra se llama *El Monólogo del Tabaco*, apenas para dejar de fumar (risas). De esta obra se inspiraron para muchas otras historias como *La más fuerte* y *El hombre de la flor en la boca*, entre otras. Hubo un periodo en el teatro entre 1950 y 1970 en que se escribieron muchos monólogos, influenciados de todo ese teatro ruso, por eso lo quiero mucho.

Cuando se refiere al tema del teatro “El Gordo” se toma el pecho, nos ilustra con mando sobre el tema. Sus ojos parecen quietos, enfocados en un punto fijo: el pasado.

### **¿En el contexto del teatro colombiano qué camino se tomó?**

En Colombia hubo una serie de caminos que se tomaron. Por ejemplo, yo empecé haciendo teatro

europeo, hice teatro del absurdo, que fue todo un movimiento mundial en la década de los sesenta. Recuerdo una obra que se llamaba *La Tinaja* de Luigi Pirandello. Éramos tres actores metidos entre unas tinajas, entonces uno decía *plurururupi*, el otro decía “chichichi” y el otro “ummmmm no - a - u - e”. Y esa era toda la obra. El día del estreno, al final de la obra, que era toda en ese estilo, solo quedaba el pobre portero que le tocó aguantarse esa vaina (risas). Decidimos dejarlo así; sin embargo, hicimos cosas de Jean Paul Sartre y mucho teatro francés. Hasta que Santiago, un amigo, adaptó *Marat-Sade*. Casi todas las escuelas de teatro hacen esta obra porque se pueden meter hasta 800 actores en escena. En realidad, se llama: *Acusación, juicio, condena y ejecución de Jean-Paul Marat, interpretado por los locos del asilo de Charenton, bajo la dirección del Marqués de Sade*. Pero nadie la llamaba así. Eso influyó para hacer muchas cosas. Luego vino Dina Moscú y hace *Galileo Galilei*, un monstruo de obra y luego yo monté *Un sombrero de paja*; otro monstruo. Con eso llegamos a Café Concert, donde había otros artistas como Fanny Mikey, que fue una gran

compañera de trabajo. Yo monté un *Café Concert* que fue un éxito.

Carlos Benjumea es, además de todo lo anteriormente mencionado, el artífice de una de las temporadas de teatro más largas de la historia colombiana: 25 años seguidos. Tristemente *La Casa del Gordo* tuvo ataduras por gobernantes. Y también los mafiosos se atravesaron en su camino. Allí se prepararon grandes obras como *Amadeus*, *No me descubras*, *Cristóbal*, y

una con el grupo musical de Bogotá, que se llamaba *Morzateon Musicólun*.

"El Gordo" no para de hablar. Lo recuerda todo. Cada detalle. Ríe, piensa, relata, vuelve a reír. Y nosotros, al otro lado de la sala de su casa, sentimos que en frente estaba un hombre que no sólo sabe de teatro, sino que construyó la historia de este arte en el país de la mala memoria que, sin embargo, no podrá olvidar a "El Gordo" Benjumea.



# Los crochets de "El Gordo" Benjumea

Camilo Jiménez\*

En 1887, anticipando el inicio de La Violencia, llegó a Colombia el Cinematógrafo. Era el nacimiento de una época. Lastimosamente la historia del cine, como tantas otras cosas en este país, se atrasó varios años porque si en ese momento la violencia no dejaba vivir, menos proyectar películas. De esas épocas intermitentes quedaron muchas películas que hoy son pilares, como *El taxista millonario*, y actores de peso pesado, como Carlos Julio Benjumea Guevara, "El Gordo" Benjumea.

Llamó al cine el amor de la vida, no de la suya, porque ha de ser otro, pero sí el amor de la vida en general. "Es el lenguaje más hermoso que hay", dijo alguna vez; y en otra ocasión, que hacerlo es "como coser una carpeta de crochet. Es puntico por puntico. Si tú dejas un puntico mal, se daña toda la carpeta de crochet:

eso es el cine". Al lado de Gustavo Nieto Roa marcó una etapa y, si el cine colombiano es lo que es hoy en día, en parte es gracias a "El Gordo" Benjumea.

## El espectador de cine

Su relación con el cine comenzó como espectador. Se escapaba de sus clases de actuación con sus amigos para ir a ver películas en el Teatro Cuba, en la Candelaria. Dice recordar sobre todo la majestuosidad de las salas por dentro, con un estilo republicano ostentoso, como catedrales inamovibles. Estos teatros cambiaron la arquitectónica de la ciudad. El Faenza, por decir uno, con su estructura de hormigón y su fachada tan circular que daba la impresión de entrar a un túnel, es un monumento al eclecticismo republicano de épocas pasadas.

\* Egresado del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.



“El Gordo” Benjumea, y toda una generación de actores que pasaron por la televisión y el cine, vivieron en pleno la época de oro de las salas de cine: según el libro Salas de cine, de Jairo Andrés Ávila y Fabio López, entre 1940 y 1969 se construyeron 122 teatros. El acontecimiento del siglo llegó con fuerza a Colombia, tal vez porque en un país aislado del mundo, la sensación de ver otros paisajes, con sus culturas y costumbres a través de una pantalla, deslumbró a la gente en su momento.

“Veíamos la película que dieran. Básicamente cine mexicano, que era lo que estaba de moda”. Y eso que dice que el cine mexicano no es su favorito porque “en cierto momento nos volvimos una colonia cultural de México y eso afectó el desarrollo de una estética propia”. Veía, eso sí, muchas producciones inglesas y francesas. En esa época venía cine europeo a Colombia, y un poco de cine americano. Su favorito, no podía ser de otra manera, era el comediante Charles Chaplin.

También veía muchas películas de ese dúo que se convirtió en el más famoso de la historia del cine cómico:

el Gordo y el Flaco. Hacia donde se mire, el rastro de ese par está presente. Sin saberlo se iba viendo reflejado en la pareja ingenua y eternamente optimista que se solo se entendía uno al lado del otro. En esos actores “El Gordo” Benjumea comenzaba a atisbar lo que quería ser y en lo que finalmente se convirtió.

“El Gordo” Benjumea también recuerda a Buster Keaton con admiración: su cara flemática e impassible, sentado en las ruedas de un tren que lo van subiendo y bajando mientras avanza. Pero recuerda, sobre todo, que “‘Cara de palo’ fue un ejemplo para nosotros los actores porque nos dejó una enseñanza: no permitían que lo doblaran en las acrobacias”. De esa etapa “El Gordo” Benjumea forjó la educación moral de su quehacer. De esos años, pocas películas colombianas había, por no decir nada, hasta que llegó la industria y puso al país a ver cine.

### **El actor de cine**

A “El Gordo” Benjumea el cine le llegó por vía familiar: Su hermano, que estudiaba mucho antes que él

en la Escuela Nacional de Arte Dramático (ENAD), hizo la primera película en Colombia de renombre. Se llamaba *El Río de las Tumbas*. Corría el año 1964. La dirigió Julio Luzardo, un aspirante a cineasta que acababa de estudiar en New York. Era, además, hermano de Consuelo Luzardo y de la fallecida Celmira Luzardo, amigas de toda la vida de “El Gordo” Benjumea. Esa película, llena de imágenes de cadáveres flotando en los ríos, tiene en sus créditos a “El Gordo” Benjumea. Fue su primer escamoteo y quienes conocen la historia del cine nacional saben de la importancia de esa película, en la que el clima sofocante hacía dormitar el horror de lo que pasaba.

Recuerda el momento exacto, el accidente específico y necesario que lo llevó a su primera película protagonista. Gustavo Nieto Roa pretendía hacer una película y el actor principal le quedó mal. Entonces Nieto Roa lo llamó y fue cuando hicieron *Esposos en vacaciones*. Los otros dos esposos que se iba de vacaciones a Cali en la película eran Otto Greiffestein y Franky Linero. Era el año 1978. La película funcionó muy bien y la vieron unas 800.000 personas, que vendría

siendo el mayor éxito para una película en su momento. “El Gordo” Benjumea nunca supo cuál actor fue el que, con su retiro, le abrió las puertas del cine.

“Entonces dijimos, hagamos otra”. En ese momento pensaron en hacer *Colombia Conexión*, de nuevo con Otto Greiffenstein y Franky Linero, pero agregando esta vez a Virginia Vallejo. Con esa también les fue muy bien y ya no podía ser una coincidencia. Se propusieron hacer una película por año para estrenarlas todos los 25 de diciembre e hilvanaron unas con otras 10 películas seguidas, entre ellas *El taxista millonario*, sobre la cual dicen hoy en día que sigue siendo la más vista en la historia del cine nacional, con cuentas de 2.5 millones de espectadores.

Las películas en las que participó “El Gordo” Benjumea fueron fundamentales para la cinematografía nacional. Títulos como *El taxista millonario*, *El inmigrante latino* o *Perder es cuestión de método*, la última película en la que participó, están ya en la historia del cine colombiano. Luego de *Perder es cuestión de méto-*

do, en 2004, no volvió a actuar en películas. "Puede que las productoras del momento no tuvieron más plata para seguir, puede que no haya dado la talla, quién sabe", dice con la docilidad de quien sabe que se esconde en la humildad.

### El escritor de cine

Por si fuera poco, "El Gordo" Benjumea tiene también películas escritas, a la espera de que alguien quiera producirlas. "Esas películas están escritas y ya tienen todo: está el libreto, la preproducción, la producción, el casting. No hace falta sino una bobadita: la plata." Lleva 10 años tratándola de hacer. La ha presentado varias veces a concursos del Ministerio de Cultura y no ha pasado nada. Los jurados deben estar buscando otra cosa, algo con un enfoque más políticamente correcto o de paso simplemente más rentable.

De la nostalgia nace el anhelo. La película que "El Gordo" Benjumea quiere hacer se llama *Solo para mayores*: trata sobre unos ancianos que, tiznados de





años, deciden asaltar un banco con la mala fortuna de que cuando ellos llegan, unos ladrones más diestros acaban de salir del mismo banco. De la película él solo adelanta esa premisa, pero es suficiente para imaginar una trama mezclada de humor y nostalgia. Porque qué puede ser más melancólico que fallar en el último plan de una vida. Uno se plantea los posibles diálogos entre los viejos, convenciéndose a sí mismo de arriesgar el todo por el todo.

Desde el inicio tenía definidos los actores: "No lo vuelvo a hacer porque no quiero hacerle ese mal a nadie más: ya tenía a los tres viejitos, a Franklin Linero, a Carlos Muñoz y a Pacheco. Todos se me murieron ya."

(Pensemos en la siguiente trama: un antiguo actor intenta una película en la que los protagonistas van

a ser otros antiguos actores. Antes de que el Fondo para el Desarrollo Cinematográfico decida patrocinar la película los actores se van muriendo en la espera. Puede que esa película sí le guste al Ministerios de Cultura.)

Del cine, "El Gordo" Benjumea guarda recuerdos agridulces. Por un lado, los años de su juventud que forjaron buena parte de su educación sentimental en esos teatros colosales que ya no existen o que ahora son discotecas o billares porque el tiempo se los llevó. Por el otro lado el cine fue desagradecido con él. Películas como *El taxista millonario* nunca le dejaron un solo peso. Nótese la ironía intolerable. Sin embargo, sigue en la lucha de hacer su última película, así le toque con otros viejitos. Es posible que ellos lleguen primero al banco que los ladrones de verdad.



## La Casa del Gordo: 25 años de risas y sueños

Lina Fonseca\*

A Carlos "El Gordo" Benjumea lo conocen hasta los más jóvenes. Personajes como José, en *El taxista millonario*, la Reina Isabel, en la obra de teatro *No me descubras*, *Cristóbal*, Nazario en la telenovela *Allá te espero*, entre tantas otras producciones que le aseguraron un lugar en la memoria de los colombianos.

Fue emocionante y al mismo tiempo un reto saber que escribiríamos sobre él, un magnífico personaje del cual mucho se ha escrito o contado. La admiración es tanta, que a veces las palabras se quedan cortas y suelen ser repetitivas. No obstante, conocerlo hizo que todos quisiéramos apropiarnos de sus historias, hiladas a través de relatos que incluso, solos, podrían ser una exitosa obra teatral.

"El Gordo" Benjumea nos recibió amablemente en su casa con una sonrisa en su cara. Su semblante irradia sencillez y toda una vida de trabajo. Sigue amando las cámaras tanto que el día de la entrevista convirtió su hogar en un estudio de grabación, demostrando el oficio y el profesionalismo que lo convirtió en un personaje icónico de la historia del cine, el teatro y la televisión colombiana.

Nos acomodamos en la sala de su casa y se dio inicio al diálogo. Parecía un abuelo contándonos las anécdotas de su juventud a sus nietos. Se sintió un clima de tranquilidad y confianza mientras las risas no dejaban de resonar. Cada historia contada guardaba la esencia de Carlos Benjumea: la comedia. Así fue como, pasando por las picardías, el ejército, los amores, el colegio, la familia, la actuación y cada parte de su vida finalmen-

---

\* Egresada del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.



te comprendimos que este bogotano le ha sacado una sonrisa a cada uno de los momentos de su vida.

Resulta sorprendente que, a sus 73 años, tiene infinidad de proyectos en su calendario, y que piense que la vida se le ha quedado corta para todo lo que tiene planeado hacer, como si no fuera suficiente todo lo que ya ha hecho y lo que ha aportado al desarrollo cultural del país.

Su vivacidad y tenacidad se sienten en sus palabras y en toda su presencia. Desde pequeño supo que quería ser actor y a pesar de no contar con el visto bueno de sus padres, construyó su sueño con tanto éxito que logró vivir de él toda su vida.

“El Gordo” Benjumea es un personaje polifacético y aguerrido: actor de teatro, cine y televisión, director, escritor, guionista y, sobre todas las cosas, un emprendedor. Su verraquera y optimismo lo han convertido en todo un líder; su bastón ha sido la creatividad y el riesgo que lo han llevado a tomar grandes decisiones, siempre caracterizándose por mantener la

calma y cuidar a su equipo de trabajo, generalmente constituido por su familia o amigos.

Este es el caso de *Coestrellas*, programadora de televisión que se mantuvo vigente desde 1981 hasta 2003, y de la que fue fundador junto a sus amigos Jorge Ospina, Gustavo Cárdenas, Bernardo Romero y Fernando González Pacheco. Programas como *Sabariedades*, *Siga la pista* o *Dejémonos de vainas* no sólo fueron exitosos sino que marcó un momento memorable en la historia de la televisión del país. No obstante, como no todo lo que brilla es oro, llegó el tiempo de la libertad de canales y para obtener uno debían tener mínimo 98 millones de dólares. Eso era imposible; solamente las grandes chequeras del país los podían tener. En ese momento la programadora salió del aire.

“El Gordo” Benjumea nunca se ha quedado con los brazos cruzados, por eso, la desilusión de *Coestrellas* no duró mucho tiempo y otro proyecto nacería de su alma inquieta.

Buen conversador, dicharachero, gracioso y agradable,

así es “El Gordo” Benjumea y por eso llamó la atención de las personas. Nos cuenta que tenía la costumbre de ir los viernes a un restaurante a comer y de paso se tomaba uno que otro aguardiente. Poco a poco iba calentándose y el aguardientico cumplía su función. “El Gordo” comenzaba a hablar de lo que se le ocurriera y, tan interesante era lo que decía, que la gente, buscando una risa, empezaba a acercarse a la mesa, y sin darse cuenta ya estaba montando todo un show.

Fue así que alguien le dijo:

- Óyeme ¿por qué no montamos un restaurante y tú hablas?
- Bueno, pero yo no tengo plata—, dijo “El Gordo”.
- ¿Qué tienes?
- Tengo un carro.
- Pues vendamos el carro y yo pongo otra plata.

Esta conversación daría nacimiento al *Café Concert: El Circo*, fundado en compañía de uno de sus grandes amigos, Pepe Sánchez. Se trataba de una propuesta

que ofrecía teatro, al tiempo que los espectadores podían comer y beber. El género del Café Concert nació en la *Belle Époque*, expresión francesa para caracterizar un periodo de nostalgia en Francia luego de la Primera Guerra Mundial.

*El Circo* adaptó el concepto, pero tenía todo el sabor colombiano. Obras originales como *No me descubras*, *Cristóbal*, en la que interpretó a la Reina Isabel, o adaptaciones al estilo colombiano de *Romeo y Julieta* (con Pepe actuando de Julieta), obra que se identificó por el humor político narrado en verso, y muchas más, tenían el maravilloso sello humorístico de “El Gordo”.

Después de dos años exitosos, infortunadamente, el proyecto se acabaría debido a una ley seca, que les afectó profundamente el bolsillo. Sin embargo, siempre perseverante, al día siguiente “El Gordo” ya estaba creando un proyecto nuevo. “Un señor me dijo: ‘anoche lo vi y me gustó mucho. Yo tengo un local, por qué no hacemos una sociedad’” cuenta “El Gordo”, a lo que él respondió que sí sin dudar. Así surgiría *La Casa del Gordo*, que se mantuvo vigente durante 25 años.

*No me descubras*, *Cristóbal*, una comedia musical atravesada por la sátira política, duró más de cinco años en temporada. “Tratábamos de imitar a la Corte Real y la Reina Isabel terminaba exponiendo los trapitos al sol. Destapaba la fanfarronería, chanchullería, bufonada y clientelismo de la situación política nacional del momento”, recuerda “El Gordo” entre risas.

Cuando la actriz que encarnaría a la Reina Isabel comenzó a faltar a los ensayos, “El Gordo” la reemplazó hasta que se quedó con el papel de manera definitiva. Pepe Sánchez, el director, reemplazaba a Colón en una jornada de improvisaciones que enriquecieron la obra.

“El Gordo” siempre quiso mantener la autenticidad colombiana. Con obras como *Mozarteum Musicorum de Bogotá*, una comedia de transformación de la música clásica en la que se afirmaba que la música había nacido en América y no en Europa, o Enrique VIII, nombrada *Quique ocho*, hacía una crítica al contexto político colombiano, con nombres propios, que le causaron varios problemas y cierres. Pero “El Gordo” no cedía y mantenía intacta su irreverencia.

Alegre y agradecido, "El Gordo" nos cuenta lo asombroso que era ver cómo se agotaban las entradas. Los bogotanos y viajeros estaban respondiendo al fenómeno cultural que representaba *La Casa del Gordo*. Todos querían asistir, obtener un lugar. La algarabía constante era sinónimo de un día de trabajo cotidiano. Como estrella de Hollywood, "El Gordo" se convertía en ídolo. La admiración crecía y quienes iban una vez querían seguir yendo a verlo. No importaba cuántas veces habían visto la misma obra, la improvisación de cada día hacía que valiera la pena el dinero invertido en cada boleta.

El furor fue continuo, las entradas se agotaban por meses, el espacio diseñado para un público de máximo 120 personas, estaba albergando más de 200. Era una situación muy comprensible, ¿quién quería perderse los años más dorados del teatro colombiano? Nadie. El solo hecho de ver a "El Gordo" Benjumea con unas faldas, hacía que se les pusieran los pelos de punta a los amantes de la actuación. El don de la interpretación era suyo.



No obstante, empezaron a aparecer los problemas. Ya corría el tiempo de la Ley Seca, que arrancaba a partir de la una de la mañana, hora en la que se comenzaba a vender el licor que sostenía al lugar. Y no faltó la experiencia cómica. Recuerda un día en el que un teniente se acercó a *La Casa del Gordo* a sacar a la gente: “Ese día había un borrachito que yo no había visto, y le dijo al teniente, quiere pelea, a lo que el teniente le dijo sí, y el borrachito le dijo le tengo al tipo y me mostró a mí”.

“El Gordo” tuvo tres casas teatrales, abría de jueves a sábado, y se quedaba hasta altas horas de la madrugada trabajando. Su constancia lo llevó al éxito, tanto que la última casa ubicada en el barrio El Chicó, podía cubrir un cupo de hasta 800 personas. Cada día llegaban más seguidores. Fueron años en los que el teatro pudo exhibirse en su máxima expresión, con libertad de crítica.

Sin embargo, también fueron tiempos difíciles para el país, en los que él recuerda con angustia las bombas que constantemente tenían como epicentro la capi-

tal, en plena guerra contra el narcotráfico. Inclusive recuerda en una entrevista que una vez, alrededor de las nueve de la noche, le pusieron una bomba cerca de su establecimiento, por suerte no se les rompió ni un vidrio, pero el susto fue grande. La gente se desordenó, el pánico inundó el lugar y poco a poco lo abandonaron, dejando un montaje a medias, después de esto, ¿quién cobraría las cuentas?, ni idea.

Fueron tiempos de gran temor y silencio. La gente tenía miedo de salir y encontrarse con alguna embestida. Los aires eran densos y corrían rumores de supuestos puntos de ataque. El miedo hizo que las sonrisas se apagaran y cambiarán por el enclaustramiento de la gente en sus casas. Nadie quería saber de la frustrante situación que afrontaba el país.

Y este fue uno de los motivos del cierre de *La Casa*. La inseguridad generó pavor en los ciudadanos, quienes comenzaron a desertar de las salidas nocturnas. No siendo suficiente, *La Casa* llamó la atención de la mafia. Como el caso en el que varias veces trabajando se sorprendía al ver hombres armados observando





el show, e inclusive sin darse cuenta, varias veces actuó para Pablo Escobar, quien se escondía dentro del público. Ya no solamente peligraba la integridad de los clientes de *La Casa del Gordo*, sino la del mismo “Gordo” Benjumea y su equipo de trabajo.

De esta manera, la tensión cada vez era más notable, y aquellos hombres armados más tarde querrían apoderarse del lugar. El ambiente de trabajo se volvía cada vez más hostil, y *La Casa del Gordo* perdía su esencia risueña, amena y calmada. Sin dudarlo, “El Gordo” decidió cerrar, siempre pensando en tomar la mejor decisión para sí y su familia.

Sin embargo, siempre quedará el gran recuerdo de *La Casa del Gordo*, aquella en la que, por mucho tiempo, la gente pudo escaparse de la rutina y reírse un rato. Fue el lugar que vio nacer muchas obras magistrales, que aportarían a la historia nacional y se convertirían en el referente de la actuación colombiana. Un lugar en el que tuvieron cabida la creatividad, la autenticidad y el amor por el trabajo.

Aunque no deberíamos despedirnos totalmente de *La Casa del Gordo*, quién quita que La Casa vuelva a surgir. “La verdad es que me faltan tres vidas para hacer todo lo que yo quisiera”. La casa sigue allí, en una calle, con las carcajadas retumbrando entre sus paredes resistiéndose a morir. Ojalá sea así, seguramente estaremos ansiosos en primera fila esperando comprar nuestros boletos de entrada. Como dicen, soñar no cuesta nada, y podríamos imaginarnos a las nuevas generaciones siendo parte de ese fenómeno cultural que movió al país.

Ya llevamos varias horas dialogando con “El Gordo”, quien a ratos cuando se siente realmente seco toma algunos tragos de agua. No quiere que nos preocupemos por él, al contrario, él nos demuestra su dedicación e interés y sigue contestando las preguntas que llegan de todos lados, con el mismo ímpetu con el que ha construido sus sueños y los de millones de colombianos. A lo largo de 58 años de carrera artística, nos demuestra que con perseverancia y trabajo duro se puede vivir de los sueños.



## El tiempo se pasó volando

Daniela González\*

- Don Carlos, "El Gordo" Benjumea, ¿hasta cuándo?
- Todavía no me han dicho cuándo me muero — dice mientras sonrío, —Ojalá para mucho rato.

Con más de 50 años de trayectoria en televisión, cine, radio y teatro, Carlos, "El Gordo" Benjumea, siente que la vida se pasó volando y que aún le falta mucho por hacer, por crear.

Desde los 16 años supo que quería ser un creador de personajes, de historias, de memorias, pese a que su padre le advirtió que fuera todo, menos artista. Hoy tiene 73 años y mira el pasado con alegría. Realizó alrededor de 25 novelas, interpretó múltiples personajes en el teatro, escribió más de 100 obras, participó

en la primera película más taquillera de Colombia, fue uno de los fundadores del TPB (Teatro Popular de Bogotá) y logró, con su talento y su desparpajo, convertirse en un ícono del país. Como si fuera poco, también fue empresario.

"El Gordo" Benjumea narra su vida como si fuera un cuento. No está muy lejos de ser uno. Hace pequeñas pausas para recobrar el aliento. "Mi vida está llena de anécdotas, tropiezos y recuerdos", dice. Y sonrío, siempre sonrío.

El relato inicia con sus estudios en la Escuela Nacional de Arte Dramático, esa que convirtió al Teatro Colón en el centro artístico de Bogotá. "El Gordo" arruga su frente, abre los ojos y agita las manos: "Era la primera escuela que había, con un elenco de

---

\* Estudiante del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.



maestros que nunca más volvió a existir". El español José Prat, el polaco Casimiro Eiger, la brasileña Dina Moscovici, Rafael Maya, José María Pineda, Luis Flórez y Víctor Mallarino Botero fueron algunos de los docentes que contribuyeron a la formación artística del gran maestro, Carlos Benjumea. Ahora sus ojos se entrecierran un poco al momento en que su boca forma un arco. El orgullo y la felicidad sobresalen, no es para menos. Además, se graduó junto con los actores más destacados: Delfina Guido, Consuelo Luzardo, Gustavo Angarita, Luis Fernando Orozco, entre otros.

"El trabajo del actor es calificado por alguien, cuantificado por alguien y menospreciado por muchos", afirma "El Gordo" Benjumea. Aun así, logró llegar a ser una leyenda de la actuación en Colombia. El camino fue largo y el trabajo duro. Como bien dice: "Los triunfos no llegan solos, hay que buscarlos". Los años tampoco llegan solos. Ha pasado por 30 cirugías, más la insuficiencia renal que sufre desde hace varios años. "Mi salud está verracamente mal, pero me siento verracamente bien", dice mientras regala

otra de sus sonrisas. Y como buen amante de la comedia, agrega: "Me aqueja una enfermedad terminal terrible, se llama vejez".

Aquel hombre de barbas y cabellos blancos, ojos saltones y un sentido del humor inigualable, no deja de soñar. Sueña con ver su película, *Solo para mayores*, una comedia pensada en los actores viejos, en especial, en su gran amigo Fernando González Pacheco. Por ese entonces, Pacheco se había retirado de la televisión, y ahí estaba "El Gordo", viéndolo derrumbarse poco a poco. "Fernando al final estaba muy enfermo y a uno le daba muchísima tristeza. La idea me surgió cuando lo vi". Escribió la historia de cuatro pensionados maltratados que intentan asaltar un banco: "Se meten en un lío terrible". La película iba a ser protagonizada por Franky Linero, "El Gordo" Benjumea, Frank Ramírez y, por supuesto, González Pacheco, pero la vida se les fue apagando, una a una. Así que él no quiere seguir jugando con el destino. "Viejo escogido, viejo ido", dice. Sólo espera que a él no le vaya a tocar todavía, que la muerte lo espere otro poquito, porque para materializar su sueño no le



falta casi nada. “Está el libreto, la preproducción, la producción, el casting, está todo. No falta sino una bobada, la plata”, bromea.

“El día que llegue la muerte lo único que quiero es no estar ahí cuando suceda”. Sus ojos se apagan, su sonrisa se borra por un momento mientras confiesa el pavor que le tiene a la muerte. Pasa noches en vela imaginando que se quedará ahí, tendido, sin nada más que hacer, sin existencia en el más allá. Aunque sus años fueron muy bien vividos y disfrutó de “la más preciada de sus amantes”, su trabajo, de su familia, de sus amigos, aún quedan muchos proyectos por realizar. Todos los días tiene que comenzar uno nuevo, porque cada día es como si fuera el primero. Ese es su principio de vida. Además de su película, anhela volver a tener un canal y su propio teatro, trabaja por ello a diario. Justo como en los viejos tiempos, sólo que sin las locuras de sus viejos amigos.

“El Gordo” no sabe si le queda mucho o poco tiempo de vida, “pero lo que sí sé es que hay es que disfrutarla”. Lo hace de maravilla. Es un viejito con alma

de niño. Inquieto, risueño, juguetón, con mucha vida por delante. O al menos así lo transmite en cada broma, carcajada y sonrisa. Quizá su deseo de vivir eternamente lo aliente a ver la gracia en los pequeños detalles.

Hoy en día, sigue escribiendo, ese es su oficio. Todas las mañanas revisa lo que escribió el día anterior. Se devuelve, corrige, borra y vuelve a empezar. Unas veces cine, otras obras de teatro y otras, poemas. Incluso está escribiendo un libro a petición de sus hijos. En él narra lo más valioso que posee: sus memorias. Su recorrido como pionero de las artes escénicas en Colombia, como amigo de grandes socios empresariales y de aventuras; como una de las figuras más importantes de la actuación... Mejor dicho, las anécdotas de una vida memorable. Su espíritu creativo es insaciable, porque según él, “el que se sienta no se vuelve a parar”.

No sabe que él ya es inmortal, que se instaló, con todo su talento, en la memoria de los colombianos, en la alegría de toda una generación que confía que habrá gordo para rato.





## Gordo y todo... pero ¡cómo juega!

María Alejandra Caviedes Polanía\*

El juego más importante de la temporada iba a comenzar. Cada pase, cada jugada quedaría para la historia, y era responsabilidad de un equipo con poca fe llenar los estadios de Colombia con el buen propósito de alentar a quienes más lo necesitaban... Aunque desde el principio de toda esta historia, fueron ellos quienes lo siempre lo anhelaron. No sabían nada de fútbol, nada de nada, sólo le echaban ganas.

Pitazo inicial.

Rueda la pelota y el primer saque lo hace Eduardo Benjumea. El actor consagrado de teatro bogotano le hace un pase certero a Carlos Benjumea (hijo), su hermano menor, quien desde el centro de la cancha anota un gol: se gradúan como actores profesionales de la Escuela Nacional de Arte Dramático en los años

sesenta. Hermanos Benjumea, 1 - Carlos Benjumea padre, 0.

En los primeros quince minutos del partido, jugadas de Consuelo Luzardo, Gustavo Angarita, Delfina Guido y Próspero Morales fueron decisorias en la historia de esta serie llamada actuación. Estos "Actores profesionales" que un día, sentados a un costado de la Plaza de Bolívar y con el diploma debajo del brazo, deciden emprender un camino desconocido, a pesar de su inexperiencia e incertidumbre. Hoy son los artilleros más recordados en Colombia, no sólo en el teatro y la radio, sino también en el cine y la televisión.

¡Sí, señores! Carlos Julio Benjumea Guevara recorrió la cancha de arriba abajo, ejecutando técnicas e inventando otras que, como buen centrodelantero del

\* Estudiante del Programa de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima.



equipo *Estrellas de la Televisión* o más bien de los “estrellados”, avanzaba un paso y retrocedía dos. No hay que olvidar los tantos obstáculos que se presentaban en una época donde la industria audiovisual era casi inexistente. Para ese momento no había mucho, pero sí estaba todo por hacer. Empate: Benjumea y actores 1 - Compañías 1.

Por eso, antes de terminar el primer tiempo el equipo hizo cambios. Apareció la televisión. De repente, como todo en su carrera, encontrándose nuevas oportunidades que asumió con mucha disciplina y amor, de repente, todo exitoso, asumió una nueva forma de expresarse. Llegó la radio y también se acopló. Hubo muchas preguntas en su vida, pero la respuesta siempre fue el teatro. Aunque “El Gordo” Benjumea, quien para ese momento todavía era delgado, reitera ahora que no tiene preferencias, las tablas han sido su mayor pasión, aunque no sepa por qué fue que las estudió. Actuar para vivir, vivir para actuar.

Las radionovelas y radioteatros clásicos adaptados a la idiosincrasia colombiana hicieron de este joven

e intrépido soñador un personaje reconocido. “Por eso la gente en las casas prendía el radio y lo miraba como si fuera un televisor... y con eso disfrutaban”. Bernardo Romero se adelanta en el área cuando pasa a RTI, Benjumea hace un tiro de esquina y Gonzalo Vera anota otro gol. Benjumea en la Radiodifusora Nacional de Colombia, 2 - Industrias del entretenimiento, 1.

Tiempo de adición: “Sesenta locos en un corredor esperando hacer teleteatro en la televisión”. No fue fácil demostrarle a los más cercanos, como su familia, que de ese arte se podía vivir. Carlos Benjumea, el padre de “El Gordo”, amaba el teatro, pero nunca consideró que sus hijos fueran artistas. Se juntan Jorge Ospina, Gustavo Cárdenas, Bernardo Romero y Fernando González Pacheco, y crean *Coestrellas*. ¡Ay... “El Gordo” y Pacheco! Pitazo final de los primeros cuarenta y cinco.

*¡Vamos Albirojo, vamos el León...*

*yo te quiero! ¡Daría la vida por verte campeón...*

*yo me muero!*

*¡Vamos Albirrojo, vamos el León...  
yo te quiero! ¡Daría la vida por verte campeón...  
yo me muero!*

Las gradas a reventar. Segundo tiempo: 2 - 1 a favor del local.

Los cubanos que vinieron a capacitar sobre televisión se fueron porque en la cancha ya no podían hacer más. Eran solicitados en su isla natal.

- ¿Y esta noche qué hacemos? ¿Usted se le mide a manejar una cámara?
- Pues sí...
- Y ¿Quién produce?
- Yo medio he visto...

“Así se hizo la televisión”, dice “El Gordo”. “Tenía treinta y dos años, y para ese tiempo estaba bien puesto el apodo que conservo, que pasó a Gordito y luego a Gordo marica”.

Como nada estaba seguro y el marcador no era suficiente, Pacheco llegó de volante de marca. No pudo haber estado mejor para el entretenimiento de los hogares colombianos, que esta dupla hiciera *Sabarie-dades*, *Siga la pista*, *Compre la orquesta*, *Pacheco Insólito* y teleteatros como *Señora Isabel*. Son muchas generaciones que recuerdan con encanto y cariño haber crecido con formatos como *Ver para aprender*, enseñanzas que, desde las cotidianidades, mantenían reunidas a las familias. Estuvo bueno que estos dos cracks se hicieran grandes amigos, casi que hermanos. ¡Tremendo golazo de cabeza! Carlos Benjumea anota tres puntos al encuentro de la vida. 3 - 1, marcador parcial.

Minuto treinta, tarjeta roja. *La Casa del Gordo* se cierra. La época de las bombas y la persecución a su arte redujeron considerablemente el espíritu que se había fortalecido luego de una temporada que cumplió más de veinticinco años como un *Café Concert*. Concepto que, aunque existía en Europa, Benjumea lo adaptaba –como buen mamagallista– a lo popular.





3 - 2, la cosa se pone difícil. Sin embargo, la televisión y el teatro avanzaban paralelamente y producciones como *Yo y tú*, y *Dejémonos de vainas*, recuperaron parte del terreno, gracias a Pepe Sánchez, Alicia del Carpio, Gloria Valencia de Castaño, Gustavo Nieto y Fanny Mikey.

Parece que llegar a la final del campeonato está más complejo de lo que se pensaba. El partido llega a los cuarenta minutos y de adición serán otros tres, por eso han sido muchos los socios –incluidos sus dos matrimonios– quienes han compartido y aprendido de los proyectos que Carlos, "El Gordo" Benjumea emprende. Él no deja de escribir, no deja de imaginar, no deja de jugar. Hace pases gol, casi no se cae, son pocas sus faltas. Tiene un gran equipo detrás de bambalinas, cinco hijos (Ernesto, Marcela, Luis, Paola, y Álvaro) y un maravilloso hogar; todos artistas,

algunos como empresarios y otros frente a la pantalla. Ya es abuelo. Más bien, amigo. 4 - 2 y asegura el cupo.

Se cumplen los noventa minutos, pero quedan tres elementos por salir al aire: reabrir un Café Concert, como la antigua *Casa del Gordo*, levantar el veto que le hicieron desde muy joven para hacer televisión, que jamás se levantó, aunque quienes impulsaron dicha decisión, y sin saber si fue fortuna o no, trabajaron con y para él, no en la televisión sino en el cine; seguir creando contenidos que no sean *Sólo para mayores*, película que nunca se ha rodado porque además de costosa, de los cuatro que actuarían en ella, ya han partido tres y él, por el momento, no se quiere ir. Tranquilo Gordo, usted ha jugado el mejor de todos los partidos, usted, según la hinchada, ya es campeón. El pitazo final, aún no suena.



## De ángeles y hombres\*

### Los proyectos celestiales

El tiempo de Dios es perfecto y su inmortalidad le ha hecho proclive a soportar un aburrimiento celestial. No cabría en la cabeza de nadie la magnitud de paciencia que el creador de todo lo visible y lo invisible, requiere para revisar cada uno de los proyectos que, desde el principio de los tiempos, le han llevado sus ángeles arquitectos.

Dios lleva desde la eternidad revisando los anteproyectos de sus ángeles. Los de la Primera Jerarquía, serafines, querubines y tronos; quieren elevarse y llegar algún día a ser Principados y Arcángeles y, pese a su falta de experiencia, se aparecen en la Morada Celestial con los más disparatados proyectos, algunos sin objetivos definidos, mal presupuestados, con cronogramas que evidencian un pésimo manejo de

tiempo, carentes del más mínimo rigor metodológico; pero hablamos de Dios, y en su infinita misericordia de Supremo Administrador de todas las cosas, ojea con ánimo burocrático los proyectos y anima a todos a continuar con su labor, estampando su firma para que no vayan a aparecer de la nada una ladilla, una babosa, alguna especie de mosquito, sin su visto bueno, lo que constituiría un hecho cumplido, una aberrante mutación que corresponde al san Pedro regular. Ese es su rol de celador en el cielo.

En la esquina de uno de los laboratorios celestiales, mezclando frascos, y dibujando una y otra vez su obra maestra, se encuentra Marco, un querubín que lleva siglos queriendo ganar sus alas de arcángel, para cambiar las tres plumas ganchudas que a duras penas lo sostienen en cortos vuelos. Todos lo conocen como *Ángel Gordito* y, si bien en el cielo nadie califica

---

\* Relato de ficción histórica, basado en la vida de Carlos, "El Gordo" Benjumea. Escrito por Ricardo Cadavid, director de la Fundación Abrapalabra.

los apodos como un caso de bullying celestial, *Ángel Gordito* sueña con el día en que su máxima creación genere tanto orgullo a Dios, que se gane un par de las alas inmensas, con las que pueda elevarse a las moradas celestiales y cubrir su rostro para soportar todo el brillo y esplendor de la presencia de Dios.

San Pedro le ha hecho algunas recomendaciones muy generales para no desanimar al laborioso Marco, que, seguramente por emular su propia imagen, y sin que la vanidad lo asalte, ha decidido dar creación a un gordito que sea, como él, muy simpático y querido por la gente. “Se llamará Carlos”, comenta entusiasmado, “Y será actor, director, le gustará el cine, la poesía, el teatro, será muy culto y querido por la gente”. “Ten cuidado con esos artistas” responde Pedro, “A veces tanta creatividad los lleva a imitar al Creador más allá de sus propios límites. Fíjate que si no es porque el arcángel Gabriel creó a Platón, a nadie le da por ponerle un tatequieto a los poetas”.

Pero *Ángel Gordito* no escucha nada y anda picoteando de un lado para otro, probando pocimas mágicas

y ajustando el proyecto. Pedro le recomienda: “No vayas a exagerar con las gotas de culiprontacilina del anaquel reservado. Mira lo que pasó con Cristóbal Colón, que el echaron más de la cuenta y casi no lo para nadie”.

No podemos insinuar que Dios no supo que la obra de *Ángel Gordito* iba a faltarle algo de medida. El Supremo Administrador General de todas las cosas, todo lo sabe y nada se escapa a su voluntad. Seguramente fue por voluntad preceptiva del Padre que Pedro pronunció la advertencia y, como si la historia primigenia de la desobediencia se repitiera en todas las esferas, *Ángel Gordito* alcanzó el frasco de culiprontacilina, miró de un lado para otro y le zampó diez gotas de la extraña sustancia a su proyecto creativo. “Con tanto empuje y verraquera empresarial, será paísa”, pensó el ángel, y envió los últimos documentos para el sello de confirmación. Allí empezaron los problemas. Por el exceso de la sustancia, habría de nacer un culipronto, y los culiprontos no nacen donde su creador quiere, sino donde a ellos les da la gana.

## Los proyectos terrenales

Quien conoce a Carlos "El Gordo" Benjumea, y toda su trayectoria artística y empresarial, pensaría que, con semejante empuje de empresario y gestor cultural, seguramente nació en Medellín, pero no es así. Nació en Bogotá, en el barrio La María, en una invernada mañana de 1944 y, desde muy pequeño, daba muestras de que siempre impondría su voluntad en cualquier circunstancia.

En la familia pensaban que esta férrea voluntad, y la terquedad correspondiente, era heredada de su padre, quién, solo poner un ejemplo, el día que no le gustó el nombre de su esposa, doña Maximina, muy cantante y sonante se lo hizo cambiar. Por eso la madre de don Carlos se llamaba Amelia. Eso pensaban en la tierra, pero allá arriba, donde contemplan la creación los ángeles guardianes, sabían que la cosa era por otro lado: *Ángel Gordito* se había excedido con la pócima de los culiprontos.

Desde muy chiquito dio muestras de su temple y su carácter, hasta el punto de que todos los colegios se pelaban por él... no propiamente por tenerlo, sino por cedérselo entre sí, de tal manera que, a los 14 años, ya había pasado por más de ocho instituciones educativas y lo habían suspendido más de siete veces.

Sin saber que era observado desde arriba, y que de su conducta dependía también el destino de un ángel, Carlos Benjumea se divertía de lo lindo. Se metió a la prefectura de su colegio a robarse los exámenes, jugaba al ring ring corre corre en su barrio y desesperaba a los vecinos, cantaba en las madrugadas despertando a la abuela y a la paciente ex Maximina y, con cierta constancia, amante del arte de la cinematografía, capaba clase para ir al cine a ver espectáculo de dobles.

Desde el cielo, *Ángel Gordito* miraba de reojo a San Pedro, que hacía muecas de desaprobación: "Te dije que no le echaras tanta culiprontacilina... ahora quién se lo va a aguantar haciendo lo que le venga en gana. Es el peor proyecto que he visto para aplicar

por unas alas. ¿Nunca pensaste que podrían degradarte y enviarte de nuevo a la tierra?”.

Y Marco, el *Ángel Gordito*, solo atinaba a responder: “Pero Pedro, míralo que es juicioso, lleva un libro de álgebra bajo el brazo, visita con fervor los círculos católicos y la otra vez en clase de religión disertó sobre la lucha entre el bien y el mal, y ya hizo su Primera Comunión”.

Dios, que todo lo sabe, sonreía al escuchar a *Ángel Gordito*, que trataba de autoconvencerse de la maravilla de su creación, pero la realidad era otra.

De vez en cuando Carlitos se escapaba al peor de los teatros de la época, el Teatro Cuba, que fue construido por los círculos católicos de la época, así que, el nexo con la religión provenía realmente de sus constantes escapadas al Cuba, donde se daban cita los peores y más rebeldes estudiantes de la época. Lo del libro de Álgebra era otra historia que el Supremo Hacedor conocía muy bien. Junto al Teatro Cuba, había una librería donde la esposa del dueño tenía la curiosa costumbre de acostar-

se con la clientela y, a cambio de los eróticos servicios, recibir un libro. Los jóvenes hacían cola tras un letrero que anunciaba: “Hoy se reciben álgebras de Baldor”. No era fácil por aquella época conseguir libros, y Benjumea estaba convencido de que era un deber de todo buen estudiante contribuir de manera activa a lo que él y sus amigos, llamaban la *cuco cultura*.

En cuanto a la soberana discusión sobre la lucha entre el bien y el mal, distaba mucho de ser un tratado de Teología para secundaria. Nada de eso. Eran más bien conversaciones que Benjumea sostenía con el profe de religión, sobre los espectáculos de lucha libre organizados en el barrio Las Cruces y en la avenida Caracas con Calle 8 sur. Lo que Carlitos aprendió sobre el bien y el mal provenía de sus escapadas al barrio Restrepo, para ver la lucha entre *Los Técnicos*, que eran los buenos, y *Los Sucios*, que eran los malos. Varias veces vio luchar a El Siniestro, en retos de máscara contra cabellera, y enfrentarse con Rayo de Plata, y con El Santo y Blue Demond. Hasta sintió tristeza el día en que El Tigre colombiano, terminó con dos costillas rotas, un hombro



dislocado y la retina desprendida. No fue una tristeza producto de la caridad cristiana, no señores, simplemente había perdido en una apuesta toda la mesada de la semana.

La Primera Comunión, curiosamente, no era la primera, era ya su segunda comunión. Dos años antes, su madre lo había vestido de traje y pantalones largos, y con cirio en mano, lo había llevado a la iglesia para que Carlitos encomendara su alma al Señor. La segunda ocasión, se metió a las catatumbas del Colegio Salesiano de León XIII, para jugar al escondite y, queriendo evitar el castigo al ser sorprendido por el prelado del colegio, afirmó que estaba orando, porque Dios manda a orar en privado y él sentía unos inmensos deseos de servir al Señor. Tuvo que hacer la Primera Comunión, por segunda vez. Doña Amelia Maximina estaba feliz por tanto compromiso cristiano.

Con tal de que dejara de fregar la pita y sacarle la paciencia a su padre, en casa le falsificaron la partida de bautismo, le subieron la edad y lo enviaron a prestar el servicio militar. Allí se metía en todos los

problemas habidos y por haber. Le mamaba gallo al teniente, si alguno de sus compañeros deseaba hacer una pilatuna, podían contar con el ánimo infatigable de Benjumea, que desde esas épocas fue reconocido como el presidente de Asocolcupro: la Asociación Colombiana de Culiprontos.

En el ejército estaban empeñados en que Carlos fuera un verdadero católico. Por aquellos tiempos, Dios y Patria eran uno, así que, para escaparse de los ejercicios matutinos se ponía a hablar con el Capitán Capellán. Fueron tantos los diálogos sobre el pecado original, el misterio de la Santísima Trinidad, lo irracional de la transubstanciación, que no tuvo más remedio que hacer la Primera Comunión por tercera vez. El día de la ceremonia, su padre se tomaba la cabeza con resignación, mientras doña Amelia sonreía orgullosa por un hijo tan piadoso.

En el cielo, Pedro refunfuñaba: “Tres veces Marco, tres veces, cuándo se ha visto. Nunca podrás tener tus alas” y *Ángel Gordito* afirmaba “No lo ves por el lado positivo. Lo que allí hay es una actitud muy piadosa

y una fe inquebrantable. ¿Cuántos hombres conoces que hayan hecho tres veces su Primera Comunión?” Dios, desde la morada celestial, sonreía.

### Esperando la obra celestial

Marco discutía con Pedro:

— Tengamos paciencia, sé que gracias a Benjumea me ganaré mis alas. La Capilla Sixtina no se pintó en un día.

— Cómo te atreves a comparar a Miguel Ángel con “El Gordo” Benjumea. Ni siquiera respeta el cuarto mandamiento.

Pedro se refería al único mandamiento al que Dios le agregó una promesa: si honras a tu padre y a tu madre, tendrás una larga y dichosa vida. El santo pensaba que la actitud de Benjumea era desafiante frente a sus padres. Estudió actuación contra la voluntad de su papá, que no deseaba tener artistas en la familia. Lo mismo hizo el hermano de Carlos, con la diferencia de que, el

día del estreno de la obra *A dónde vas, Alfonso XII* en el Teatro Colón, su hermano usó un seudónimo para no causarles un infarto o una desilusión a sus padres, que acostumbraban a asistir el teatro el día de los estrenos. “Eduardo Vidal”. Con ese seudónimo se dio a conocer el mayor de los hermanos Benjumea; pero Carlos, como quien se enfrenta a los molinos de viento, no tuvo ningún problema en usar su nombre de pila, así que, esa noche, empezó la obra que recreaba el noviazgo y matrimonio del rey de España Alfonso XII y María de las Mercedes de Orleans, y en coro salieron los actores a cantar la famosa copla:

*¿Dónde vas Alfonso XII?*

*¿Dónde vas triste de ti?*

*- Voy en busca de Mercedes*

*que ayer tarde no la vi...*

En ese momento, don Carlos Benjumea Padre, que estaba sentado en primera fila, brotó los ojos al ver a sus hijos en todo el centro del escenario. Doña Amelia no sabía si sonreír o llorar de la emoción, y, como en otras ocasiones, incluidas las tres primeras comu-



niones, se levantó de la silla y aplaudió a los actores con mucha devoción.

Carlos, “El Gordo” Benjumea, hizo radionovelas, actuó en teatro, fue pionero del cine comercial, compuso obras teatrales, guiones para televisión y para cine componía la música de sus obras y, como no sabía gramática musical, se la tarareaba a los músicos para que escribieran sus tonadas.

Tenía un amor por la música desde sus años mozos, y cada vez que podía, se volaba para Ibagué, acompañando el coro de la Universidad de los Andes que participaba en los concursos polifónicos que organizaba doña Amina Melendro de Pulecio, y que fueron emblema de la Capital Musical de Colombia. ¿Cantaba? No. ¿Era músico? No. ¿Producía los eventos de los coros? Tampoco. Nada de eso. Simplemente era culipronto, y a los culiprontos no hay quién pueda detenerlos.

Seguramente por culipronto terminó vetado de Inravisión y se le prohibió hacer televisión en Co-

lombia. Eran los tiempos en que a los actores se les pagaba en el Palacio Presidencial, y el General Rojas Pinilla entendía muy bien el valor de la propaganda y de esa caja mágica que cambiaría la cultura del mundo.

La historia del veto es la siguiente: a los ingenieros les bajaron el sueldo y decidieron hacer el primer paro de la televisión colombiana, sacando del aire la señal televisiva durante dos semanas. No es difícil imaginar a las familias colombianas sentadas frente al televisor, contemplándolo sin que pasara nada en la oscura pantalla, como si se tratara del cadáver de un ser querido.

Como Benjumea era el presidente honorario de Aso-colcupri, decidió que había que apoyar la huelga, y entonces se sumaron los actores. Poco a poco, se fueron rindiendo los aprendices de sindicalistas. Los primeros que entregaron la huelga fueron los directos implicados, los ingenieros; luego los productores y los actores, y de pronto, en la mesa de las negociaciones, firme y combatiente, solo quedaba el culipronto

mayor. Como resultado, lo expulsaron de Inravisión, y le prohibieron hacer televisión; pero cuando el diablo cierra una puerta, Dios abre muchas ventanas, y “El Gordo”, se fue para hacer cine y teatro, abrió su propia programadora y montó el Café Concert más famoso que se haya conocido en Colombia: *La Casa del Gordo*.

Buenas obras terrenales, pero ninguna serviría para darle a Marco sus alas, y como quien mira un viejo gabán colgado en un perchero, pasaba por la fábrica de alas para arcángeles, y las miraba de reojo, ya sin mucho entusiasmo. Dios le observaba desde su trono y sonreía... “No pierdas la fe, mi Ángel Gordito, no pierdas la fe”.

### ¿Cuánto valen tus alas?

Lejos habían quedado las épocas en el que Carlos “El Gordo” Benjumea, hacía teatro sacramental con el párroco del barrio. Los famosos Seis de Reyes, en los que se interpretaba el arribo de los Reyes Magos al pesebre, eran solo una mota de polvo que no alcan-

zaban ni siquiera para las bridas de un buen par de alas de arcángel.

Carlos Benjumea se hacía viejo rápidamente y declaraba su ateísmo y su incredulidad cuando podía. No resulta difícil ser incrédulo en un país como Colombia. La mafia quiso sacarlos de su casa en Engativá, de su Teatro Restaurante en el Norte de Bogotá, fue testigo de la corrupción, de la violencia, de las bombas, de la censura.

*Ángel Gordito* se resignaba viendo envejecer a Benjumea, pero no desfallecía en su tarea de hacer lobby celestial. Hablaba bien del afamado actor para que todos en el cielo olvidarán que, en la tierra, Benjumea se había atrevido a vestirse de mujer y actuar el papel de la Reina Isabel II, que se había burlado de Mozart y lo había convertido en compositor de tangos, que le agregó más de treinta sonetos y decenas de versos blancos a *Romeo y Julieta*, convirtiéndolo en una chirriadísima familia bogotana, que satirizó al *Fausto* de Goethe y que, para colmo de males, culpronto y rebelde, se había atrevido a montar piezas

del Marqués de Sade, donde las virtudes caen derrotadas por la veleidat de los vicios. Esas alas estaban más perdidas que el hijo de Limberg.

Marco sollozaba y revisaba su proyecto una y otra vez. ¿Qué habría hecho mal? ¿Sería un problema en la definición de los indicadores de gestión? ¿Falta de prospectiva y mala planeación por escenarios? ¿No estuvieron definidos con claridad los parámetros del Árbol de problemas?

El tiempo se pasó volando, y “El Gordo” Benjumea se hizo cada vez más viejo y lleno de achaques. Treinta cirugías, males de todo tipo, agudos o crónicos, síndromes, desvaríos, y la más terrible de las enfermedades terminales: la vejez.

Hoy, Benjumea soporta varios años con una delicada falla renal y, día de por medio, se pega a una máquina para que le purifiquen la sangre, cada vez más vieja y gastada. Por ser “El Gordo” más querido de la televisión colombiana lo pusieron en la lista de espera para un trasplante de riñón... y llegó el día. Lo citaron

en la unidad renal del hospital, para revisar la compatibilidad de los órganos. Estaba sentado en la sala de espera, cuando vio entrar a un joven adolescente, pálido, muy amarillo. “El Gordo” le preguntó qué hacía en un lugar como ese, y el joven le respondió que había nacido sin riñones, que toda su vida había estado pegado de una máquina para diálisis, que no había tenido novia, ni fiestas, que quizás nunca tendría hijos, y que estaba cansado de vivir.

A Carlos Benjumea se le aguaron los ojos. No había mucho que decir... ¿Alguien llamó a un culpronto? “El Gordo” Benjumea habló con el médico. No era posible esa situación. Un chico con 16 años no podía esperar un trasplante, mientras que él, con 73 años, recibía un riñón casi nuevo. Firmó los papeles, hizo las respectivas autorizaciones, y cedió el riñón que le correspondía.

¿Fue un acto de piedad? Seguramente no. Tal vez fue otro de sus ataques de culprontismo. Siempre metido donde nadie lo llama... pero fue suficiente. En ese momento, en el cielo sonaron las campanas, se

encendían y apagaban luces multicolores, y un par de enormes y blancas alas descendían de la Morada celestial, hasta el sitio donde reposa la jerarquía de los querubines. *Ángel Gordito* sintió un vuelco en el corazón y salió corriendo lleno de curiosidad, hasta la estancia central para ver las alas bajar. Quedó sorprendido al notar que todos le miraban. Ni los pavorreales habían visto jamás unas alas tan hermosas.

Pedro miró a *Ángel Gordito*, este miró a Dios, y Dios, que todo lo ve, sonreía. “Son tuyas”, dijo, “las has ganado”. “Pero Señor, perdóname, no las merezco... Benjumea dice ser ateo, ni siquiera cree en ti”.

— Eso, –dijo Dios– nunca ha sido importante. Lo realmente importante es que yo siempre creí en ti, y en él... de lo contrario, cómo habría llegado tan lejos.

Marco, el *Ángel Gordito*, lleno de emoción se probó las alas. Con ellas podría subir a la Segunda Jerarquía, donde habitan arcángeles y potestades, donde se puede ver a Dios con su otro brillo. Miró a Pedro, que sostenía el *Libro de la vida*, donde aparecen los nombres de todos los que han de salvarse...

— ¿Puedo anotarlo yo mismo, Señor? –preguntó–.  
— Ni de riesgo –contestó el Omnipotente–. Donde lo anotemos, ni se aparece. Déjalo así que ese gordo es un culipronto, y los culiprontos nacen donde les da la gana, mueren cuando se les antoja y pasan la eternidad donde ellos quieren. Ten por seguro que el día menos pensado, y sin que nadie lo llame, por acá se aparece ¡por culipronto!









LA FAMILIA  
KEEPO DEBASSO

